

VICTOR HUGO

RELIGIONES Y RELIGION

TRADUCIDO POR

MIGUEL VALVERDE



QUITO—ECUADOR

Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios por R. Jaramillo

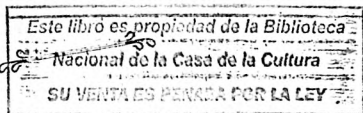
1903

VICTOR HUGO

RELIGIONES V. RELIGION

TRADUCIDO POR

MIGUEL VALVERDE



QUITO -- ECUADOR

Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios por R. Jaramillo

1903

Señor Dr. D. Rafael Rodríguez Masdonado,
antiguo Decano de la Facultad de Medicina de la
Universidad Central, Profesor de Terapéutica y Ma-
teria Médica etc, etc.

Fué M. quien, en 1893, me hizo conocer este
hermoso poema de Victor Hugo, y me invitó á tra-
ducirlo. El M., por consiguiente, debo dedicar mi en-
sayo, convencido de que su benevolencia disimulará
los defectos de la composición y aceptará, preferen-
temente, la buena voluntad y el afecto de su amigo
y servidor,

Miguel Valverde.

Quito, á 20 de Junio de 1903.

PROLOGO



HAY un Chimborazo y hay un Víctor Hugo. Ambos son gigantes. No importa que haya otras montañas más altivas y hermosas que el majestuoso rey de los Andes ecuatoriales; como no obsta á la grandeza del autor de *Los Miserables* la existencia de otros genios, que son como faros elevadísimos, encendidos para guiar á la humanidad en la conquista de su felicidad y perfeccionamiento. Ambas eminencias, el monte y el poeta, sacan sus cabezas encanecidas fuera de los densos vapores que envenenan la baja atmósfera terrestre, y viven inundados de luz en pleno cielo.

HAY en Víctor Hugo todos los talentos, y además esa especie de audacia intelectual que lla-

mamos genio ; pero hay sobre todo en el carácter del autor inmortal de *La Leyenda de los Siglos* una cualidad culminante, una virtud que forma el más alto relieve de esa individualidad poderosísima, dotada de tantas energías: la bondad. Y he allí precisamente en lo que consiste la mayor fuerza del coloso. Y esa bondad, que se produce naturalmente en las obras del poeta, como se produce la luz en los tubos de Crookes al contacto de las baterías eléctricas, tiene algo que parece superior á las facultades normales del hombre, algo que nos haría creer en la posibilidad de la existencia de los semidioses, aun cuando se tomaran como términos de comparación los tipos humanos más sobresalientes en la generosa manifestación de sus afectos.

*

EN Víctor Hugo, lo mismo que en cualquier otro hombre intelectual y racionalmente progresivo, puede verse con claridad la evolución que va operándose lentamente en el cerebro del

pensador y que determina al fin una modificación radical en las ideas de quien, à semejanza de la crisálida, rompe un día la estrecha envoltura de las enseñanzas tradicionales, y vuela libre, guiado ya por la luz de la razón, en el espacio inmenso.

CUANDO el "niño sublime" de Chateaubriand había abierto los ojos de la conciencia para recibir y fijar todas las impresiones que este nuestro mundo le trasmitía, sirviéndole de intérprete una sociedad imbuída en prejuicios y sistemas elegidos y acumulados por una larga serie de generaciones, el juicio del poeta naciente permanecía en estado embrionario y no pudo menos que recibir el nutrimento intelectual que se le daba, como es impotente el pàrvulo que acaba de nacer para rechazar alimentos inadecuados ò nocivos. Forzosamente, pues, el joven Víctor fué monarquista y católico ferviente, para ir en seguida eliminando los errores que había mamado desde la cuna, y ascendiendo en la escala de las ideas religiosas, desde el politeísmo romano hasta el monoteísmo impersonal, que es una concepción absolutamente fuera del alcance de toda concepción humana y sin otra condición esencial en el ente divino que la simple afirmación de su existencia.

« Il est ! il est ! il est ! il est éperdûment ! »

EL es ! — de cualquier modo, ó mejor dicho, de modo inconcebible, él es ! — Tal viene à ser el resultado definitivo, la quinta esencia destilada del deísmo filosófico de Victor Hugo.

EL gran poeta admite también (y es preciso creerle sincero) la inmortalidad del alma humana, y, aunque parece indignarse contra los escépticos, se manifiesta tolerante con ellos, y no se empeña en imponerles ninguna creencia.

« Et qu'importe, après tout, que l'homme prie ou croie? »

SIN embargo, nos aconseja creer en Dios,

« Contente-toi de croire en Lui. »

Y se rebela contra la triste expectativa de morir de veras :

« Quoi ! le seul lien qu'on ait besoin d'aimer sur terre
Et de sentir vivant, le tombeau, serait mort ! »



LA idea predominante de *Religiones y Religión* es esta :— Todas las religiones, ó sea todas las sectas religiosas, son absurdas y ridículas ; pero hay una religión que no tiene por base ninguna creencia y que es la única universal y verdadera : — hacer el bien.

« Le remède est ceci : Fais le bien. Le levier,

Le voici : Tout aimer et ne rien envier.

Homme, veux-tu trouver le vrai ? cherche le juste. »



EL poema se inicia con una discusión entre el poeta, que acaba de llegar á una ciudad de Inglaterra, y la criada irlandesa y católica, que

explica á Victor Hugo la razón por la cual, siendo domingo, el cartero no le ha llevado cartas ni periódicos, pues no es permitido trabajar en el día en que Dios descansó.

LA idea de descanso requiere la de cansancio, y un dios que se cansa se parece mucho á un peón de albañil. Y empiece usted á contar el número de las atrocidades teológicas:

« Ainsi l' infini va jusqu' au septième jour ! »

DESPUÉS de haber puesto punto final á la eternidad, se descorre el telón, y aparece el Dios de los católicos, vestido de títere, solazándose con los ahullidos de las almas en el infierno y dejándose burlar por el papa y por el diablo, que son más hábiles que él y acaban por destituirle.

EN seguida se presenta el teólogo, y expone razones excelentes para que sea preferido su dios de carne y huesos al otro impalpable, que el pueblo no comprende.

EL poeta increpa al teólogo por su mala fe, y le pone de manifiesto las últimas consecuencias deducidas del Dios providencial y personalísimo, bajo dos aspectos, uno burlesco y otro

serio, pero ambos absolutamente faltos de sentido.

DETRÁS de la figura de ese dios de ópera cómica, se presenta la de su enemigo tradicional, el demonio, personaje raquíico, poco interesante, que se ocupa de tentar à los hombres, y que al fin resulta un fauno mal disfrazado y sin ninguna gracia.

PUESTOS ya en evidencia los dos poderosos elementos antagónicos que presiden en la sosa mitología curial de los católicos, se nos descuelga del cielo la obra maestra de un Júpiter degenerado y escaso de meollo, quien, después de asociarse con Satán para poner una trampa diabólica à la primera pareja inocente, deplora el éxito alcanzado, que incluye la culpabilidad y castigo de cuantos estaban por nacer, y no encuentra mejor expediente que el de sacrificar à su propio hijo, à fin de remediar en lo posible aquel cúmulo de barbaridades.

PERO el nuevo plan resulta un nuevo disparate. La comedia divina, que parecía tan bien combinada por su autor y durante cuya representación el hijo de Dios muere, aunque sea de broma, à beneficio de los hijos de los hombres, se echa à perder y no produce el efecto

esperado, todo debido probablemente à los manejos del infernal tramoyista: la humanidad, en su mayor parte, no se da por notificada del suceso; los hombres siguen llorando y riendo, según las circunstancias, siendo talvez peores que antes, y el príncipe de las tinieblas continúa triunfante arrastrando condenados al infierno. Lo que demuestra que los hombres, bajo el punto de vista del sentimiento religioso, somos verdaderamente hermanos, y que los negrillos de Guinea, prosternados ante un macaco, no son menos imbéciles que los europeos, fabricantes de dioses de harina, y que los asiáticos, adoradores del elefante blanco y de la piedra negra.

EL poeta sale de esa pesada atmósfera de las supersticiones humanas; se remonta á regiones más puras y serenas, en busca de un ideal religioso menos terreno y más digno de un ser inteligente, é invita al libre-pensador à que le siga, no sin advertirle que todo tiene un límite dentro de lo infinito y que el hombre no puede elevarse más allá del punto hasta donde se lo permite su propia naturaleza.

ES la segunda parte una excursión à vuelo de pájaro sobre el campo de la filosofía, hacien-

do el autor las aplicaciones favorables à su sistema.

SÓN vanos y ridículos todos los esfuerzos humanos para forjar dioses y establecer relaciones con ellos. El hombre pretende neciamente conocer la escala que une el cielo imaginario, morada de la divinidad, à la tierra, habitación humana. Dios no tiene morada, puesto que es lo infinito, y no hay escala para llegar á él, puesto que todas las cosas residen en él. El hombre es un ser demasiado pequeño para que pueda formarse una idea cualquiera, remota ó aproximada, del ser absoluto, y por mucho que se afane para hacerse oír del espectro que finge su delirio, todo en la naturaleza permanece indiferente. El hombre hace en más vastas proporciones lo mismo que hacen los castores, las urracas y las abejas : toma elementos existentes y los combina y descompone : pero no es capaz, no obstante su presuntuosa ciencia, de crear la más simple y rudimentaria de las cosas ; y sin embargo se atreve su ignorancia á crear à Dios, y á concebir lo que debe ser necesariamente inconcebible.

UN Dios concebido por el hombre tiene que ser por fuerza un ente parecido al hombre, aunque le salga deforme y sólo exista, como las

sirenas y los àngeles, dentro del mundo escu-
rridizo de la humana fantasìa.

PERO, ¿cuál es el objeto de ese Dios tan necesario? ¿Esa creencia, puesto que no aceptemos esa intervención, contribuye de alguna manera á mejorar las condiciones físicas y morales del hombre? ¿La idea de Dios es, màs que una necesidad, una costumbre?

EL hombre no puede darse cuenta del universo, este vasto sueño que flota infinito, y dentro del cual nace y muere la onda de nuestro destino; pero sì puede ser impresionado, en este que entrevemos inmenso conjunto de luces y de sombras, por el aspecto negro y triste y por el fondo màs negro aún y más triste que nos presenta la naturaleza toda en sus océanos de movimiento y vida, al través de sus parciales apariencias de espléndida alegría.

LOS seres todos están esparcidos en el horror indecible, condenados irremediabilmente à sepultarse en los abismos de la muerte. Todo sufre. Todo se desploma en quimeras ó se hunde en sollozos. El ser es taciturno, sombrío, triste, detestable. De aquí, los aleteos de la desesperación.

EN medio de tanta lobreguez, el poeta nos señala sin vacilar la ruta que debe seguirse :

« Le remède est ceci : Fais le bien. Le levier,
Le voici : Tout aimer et ne rien envier. »

PERO, en cuanto à los dogmas, los ritos, los santos, los milagros, los fetiches, los escapularios, los rosarios, las cintas, las cruces, las medallitas, los niños de Praga, los corazones de Jesús, las muelas de santa Polonia, los glóbulos sanguíneos de san Genaro y tantas brujerías y tantas majaderías y tantas porque-rías secretadas por el sentimiento religioso, todo eso no es más que una confusa y perversa mezcolanza.

¿ Y qué importa, después de todo, que el hombre crea en una cosa ó en otra, ó que no crea en nada absolutamente ? ¿ Què le importa à la radiante inmensidad, casi invisible al telescopio humano, que la hormiga tenga una teoría equivocada respecto del vuelo de las águilas, ó que el topo afirme que su agujero oscuro es todo el universo ?

TODAS las sectas religiosas son una manifestación de la impotencia humana, que se apo-

ya en el miedo, en la cólera, en la mala fe y en la ignorancia. Toda religión es un aborto de la humana fantasía, engendrado por engañosas apariencias.

EL libre-pensador debe oponer á las religiones de farsas y mentiras la religión que enseña la verdad, sólo la verdad, la verdad evidente, matemática, científica, incontestable, y que no acepta ni puede aceptar vanos fantasmas. El libre-pensador debe oponer el mundo de la realidad al mundo de la fábula, y abrir puertas y ventanas á la luz del sol, para que sean iluminados todos los rincones del misterio, por más que griten y protesten las iras y los anatemas de los empedernidos traficantes de errores é imposturas.

MAS ¡ ay ! que ellos, los sacerdotes, agotarían impunemente la fecundidad de su inventiva para hacer y decir cuanto de malo y absurdo puede hacerse y decirse en esta tierra. El hombre es un ser irremediable, y, por cada libre-pensador, habrá siempre centenares de miles de fanáticos que se prosternarán estúpida-mente ante sus ídolos y sus pontífices,

EL canto tercero es el grito de la verdad; cruel, amarga, intolerable para el soñador espiritualista, que ve destruidas de un golpe sus más bellas ilusiones y sus más consoladoras esperanzas.

EL poeta está solo, en la penumbra de la noche, y ve despegarse de la bruma espesa unos labios que le hablan en un lenguaje inaudito.

— “LA creencia es hidra que os está royendo el corazón. Negadlo todo, vivientes. El átomo sale y vuelve á entrar en seguida. No hay cielo ni infierno. No hay más que sombra esparcida, sin ningún centro. Nada en todas partes. Todo muere. Dormid.

“LO que llamáis almas son sólo fuegos fatuos que brillan un instante para apagarse eternamente.

“HOMBRE, tú quieres un Dios, porque quieres vivir en él, y exiges que él sea infinito, para ser infinito tú también.

“HOMBRE, si no hubieras tenido un principio, sería lógico que te creyeras indestructible.

" HAS nacido, y sin embargo no quieres morir, por más que la muerte, ley de la vida, lleve con su matanza la visión de tus ojos durante el día, y te hable en secreto durante la noche.

" ¡ VIVIR antes de la vida, y vivir después de la muerte ! — ¿ No te avergüenzas de ser tan mentecato ?

" ¡ ATRAVESAR toda la sombra inmensa con tu destino á cuestas, de modo que el cosmos tenebroso se complique con tu existencia miserable forzosamente y para siempre !

" ¡ TÚ eres, luego tú serás ! — ¿ Cómo es posible que tu pobre raciocinio haya podido deducir tan absurda consecuencia ?

" ¿ Y por qué no haces la misma deducción cuando se trata de la existencia de la hormiga y del escarabajo ? ¿ Acaso ellos no son también como tú eres, y no han nacido como tú has nacido ?

" ¿ ESTÁS seguro de que este mundo existe ? ¿ No será sólo un sueño ? ¿ Tu propia experiencia, pobre y ciega como es, no te va haciendo sospechar que todo lo que te rodea no es más que un conjunto de engañosas apariencias ?

“PERO tú, molécula perdida en el caos; tú, sueño y desvanecimiento, ¿crees efectivamente ser alguien? ¿Te figuras que un Dios, si él existiera, se ocuparía de tí, larva, movido por el aliento de tu efímera existencia en el fondo de su eternidad?

“EN la noche de uno cualquiera de tus días, te has acostado en tu lecho y has dormido. Al despertar, en la mañana, has tenido vagamente la conciencia de haber soñado un sueño cuyos contornos escapan absolutamente à tu recuerdo. En la tarde, todo, hasta esa fugaz impresión de la niebla del despertamiento, se ha borrado para siempre. — Tu vida es como ese sueño. Cuando hayas muerto, será como si no hubieras vivido nunca.

“ESTE en que has aparecido un instante, conjunto incomprensible de átomos en movimiento, que llamas universo, sea lo que fuere, es algo que no ha debido comenzar ni deberá concluir. ¿Cómo, pues, pretendes tú, relámpago, ser parte integrante de la unidad suprema é indestructible?

“¿NO sospechas que todo tú eres sólo el producto de una combinación inestable y transitoria; forma que desaparecerà mañana, como desaparecen todas las formas; y no conci-

bes fuera de tí una eternidad en que el universo ha podido existir, sin que para ello hubiera sido necesaria tu efímera existencia?

“ ¡ TE das cuenta acaso de las manifestaciones de la vida individual de cada una de las innumerables células que en tí nacen, viven y mueren en el espacio de algunos segundos, à fin de que tú, pequeño hacinamiento de miserias, puedas á tu vez llegar à vivir algunos años ?

“ ¡ EL hombre eterno ! — Esto es lo que el hombre comprende y el hombre quiere. — ¡ Carne prometida al hambre del sepulcro, conténtate con tus propios gusanos !

“ TODO cuanto crees ver desde tu agujero, al través de los cristales de tus anteojos y de tus atmósferas, todo, infusorios, nubes, bólidos, cometas, lunas, tierras, soles y nebulosas, son sólo formas de la vasta oscuridad de los espacios infinitos. ¿ Qué ganarás, sombra pasajera, con mezclar al hombre y sus nonadas á todas esas espirales de humo que vagan en la noche ?

“ No hay Dios. Niega y duerme. No eres responsable. Nadie te espera. ” —

EL poeta se rebela contra la idea de morir, sin la esperanza de resucitar de un modo ú otro ; necesita él también creer y esperar en la inmortalidad ; huye la frialdad del raciocinio inexorable, y busca un refugio dentro de su corazòn, confortándose al calor de su propio sentimentalismo.

¿ QUÉ importa que sea cierto que todo lo que nace muere ? ¿ Qué importa que mueran todos los animales y todas las plantas, y que mueran también los pueblos, las civilizaciones, las razas, los mundos, los sistemas planetarios y los sistemas siderales ? ¿ Qué importa que todo lo que ha principiado tenga un término ? El hombre debe ser una excepción de la regla general, puesto que el hombre lo quiere así, y sólo para el hombre debe ser una ficción la muerte. ¿ No debe ser esto lo lógico, puesto que yo me siento consolado ?

¡ NADA después de la vida ! ¡ Nada antes !
¡ No, no ! — grita el poeta horrorizado : —
¡ Recobra tu nada, oh abismo, y devuèlveme á Satán !

TRANSPORTADO à regiones màs serenas, el poeta oye cánticos, gritos, imprecaciones y

voces que disputan ò defienden diversas opiniones. El dualismo, el materialismo, el espiritualismo, el eclecticismo, todas las doctrinas filosóficas con relación al hombre y su destino, tienen allí sus representantes convencidos.

¿ QUIÉN tiene razón ? — Todos talvez.

EL poema concluye en un esfuerzo supremo para hacer perceptible à los hombres la idea de Dios.

ENTRE las grandes bellezas que encierra toda la obra, la figura del asceta se destaca en el fondo del cuadro magistral, pintada de manera admirable. Ese fantasma inmóvil en el desierto, suspenso entre la vida y la muerte, absorto en la visión aterradora de un Dios que sólo él es capaz de ver en lo profundo de los cielos, representa la cristalización del fanatismo religioso, limpio de toda impureza y exaltado hasta la más sublime concepción del embrutecimiento.

VÍCTOR Hugo levanta sobre el pavès de los cultos positivos el sombrío perfil de ese egoísta

cuya abnegación ha aceptado de antemano la suma de todos los sacrificios, y hace vibrar las últimas notas de su canto, defendiendo la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, que ha sido defendida por los ejemplares más notables y más inteligentes de la especie humana.

*

¿ LA humanidad progresa ? — Parece que sí.

CIERTO que desconocemos talvez las principales faces de las antiguas civilizaciones de los egipcios, indios, persas, medos, chinos, fenicios, incas, aztecas, y otros pueblos, de muchos de los cuales ni aun los nombres hemos conservado ; cierto también que el *homo sapiens* de nuestros días no tiene suficiente acopio de elementos históricos, paleográficos y arqueológicos para apreciar en todos sus detalles la

hermosa y grande civilización helénica ; cierto que no sabemos si antes de los caldeos, de los babilonios y de los asirios, antes de Homero y Herodoto, antes de Confucio y Zoroastro, hubo otros pueblos más cultos é ilustrados que los que les sucedieron ; pero, á juzgar por los monumentos que la antigüedad nos ha legado, desde los Vedas hasta la Odisea y desde las pirámides de Egipto hasta las ruinas de Taos, con sus huellas tan acentuadas de barbarie y sacrificios humanos ; y en presencia de la abolición de la esclavitud, y de las instituciones políticas prevalecientes en Europa y América, y de las maravillas del vapor, de la electricidad y de la imprenta, y del tribunal de La Haya, y de las tendencias reformatorias de la legislación penal, cada vez menos crueles y más humanitarias, puede afirmarse, si bien con certidumbre muy relativa, que el troglodita primitivo ha progresado mucho y progresa todavía.

¿SERÁ indefinido este progreso ?— No, seguramente ; á lo menos en cuanto à la vida planetaria se refiere, puesto que nadie ha sostenido, à lo que sabemos, que los planetas son eternos.

TODO en la naturaleza (y nada hay fuera de ella) nace, y, puesto que nazca viable y un

accidente no corte prematuramente su existencia, crece, se desarrolla hasta cierto término, y en seguida decae y muere.

TAL es la ley ineludible, y el progreso humano, producto de esta tierra, llegará á un límite determinado de desenvolvimiento, para decrecer y morir, siquiera sea dentro de algunos centenares de miles de años.

EL hombre, naturalmente, quiere ser la excepción de la regla, sustraerse al cumplimiento de la ley, y, à pesar de que la evidencia debería penetrar en él por todos sus sentidos, se obstina en negar lo que ve y palpa en cuanto al término de la vida animal y vegetal, sin diferencia sustancial ninguna, y apela al único testimonio á que le es posible recurrir : al de su propia fantasía.

*

LAS hipótesis racionalmente establecidas producen à veces los mismos grados de certidumbre que tiene la evidencia.

CUANDO, desde lo alto de una montaña, veo extenderse á mis pies un valle desconocido cubierto de verdura, en cuyo fondo lejano alcanzo á distinguir una cinta de plata rodeada de chozas que humean, puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que hay allí agua y fuego, y creo, con toda probabilidad, que esas chozas están habitadas por individuos de mi especie. Pero si el mismo espectáculo se reproduce en los siguientes días, y oigo además el canto del gallo y el ladrido del perro, la suposición de que habitan allí seres humanos, aunque no los haya visto, se convertirá para mí en una certidumbre tan incontestable como la evidencia.

EL hombre no está solo en la naturaleza, y vedquiera vida y movimiento. La selva le mira ; el céfiro le habla ; el huracán le grita ; el trueno le amenaza. El mar cambia de aspectos como el cielo ; la tierra tiembla ; las nubes viajan y tienen citas misteriosas en las altas cumbres, y las nubes y los montes arrojan piedras y masas de fuego sobre la tierra. ¿ Cómo, pues, extrañar que el hombre haya imaginado la existencia de uno ó varios agentes superiores, ocultos detrás de las rocas, de las nieblas y de las montañas, como el tigre y la serpiente se ocultan detrás de los jarales ? ¿ Y cómo afirmar que esas hipótesis imaginarias

tuvieron alguna vez un fundamento verdaderamente racional y positivo ?



SIN separarse un punto de los estrechos límites de las inducciones y deducciones científicas, rigurosamente coordinadas, el hombre puede raciocinar de esta manera :

— “ HE nacido en un mundo en el que todo me parece admirable, y siento dentro de mí otro mundo, en el cual se refleja, con una inmensa variedad de matices, cuanto veo y cuanto imagino.

“ VEO que la vida ocupa la mayor parte de la envoltura del globo que habito, y que se reproduce fecunda y superabundantemente en la tierra, en el agua y en el aire, luchando por extenderse é invadirlo todo, desde el fondo tenebroso de las grutas y de los mares hasta la

congelada superficie de las regiones polares y de las montañas.

“ AL estudiar las faces que presenta à mi criterio el desenvolvimiento de lo que yo llamo vida orgánica, dentro de cuanto comprendo en las clasificaciones convencionales de los reinos vegetal y animal, presiento que la planta es hermana del hombre y que hay una escala de fuerzas inteligentes y volitivas, desde la amiba hasta el hombre superior que llega al nivel de Homero, Esquilo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Dante, Shaskepeare, Cervantes, Milton, Goethe, Humboldt, Newton, Darwin, Voltaire, y Victor Hugo. Veo, pues, muchos seres inferiores al hombre ; pero en ninguna parte veo un ser superior al hombre. Luego, yo no puedo afirmar con evidencia que exista ningún ser superior á esas que conocemos excelsas cumbres de la raza humana.

“ PERO si el escenario terrestre no me ofrece ninguna base racional para formular una hipótesis científica acerca de la existencia de un ser cualquiera superior al hombre, el espectáculo sublime de los cielos si me da, respectó á la misma hipótesis, una certeza casi tan positiva como la demostración de un problema de exactitud rigurosamente matemática.

" EL telescopio me ha revelado con precisión absoluta la existencia de un pequeño número de cuerpos celestes semejantes á nuestra tierra, y, por inducción lógica, deduzco, como una conclusión tan necesaria que no podría ser de otra manera, la existencia de innumerables mundos esparcidos en la inmensidad de los espacios, desde que, á partir de los límites del sistema planetario en que residó, sé de manera indubitable que los puntos luminosos que veo constantemente durante la noche, al través de la atmósfera terrestre, y que son talvez más numerosos que los granos de arena de nuestros mares y desiertos, son soles semejantes al sol que nos alumbra y vivifica, y la ley de las generalizaciones, que se cumple siempre y en todas partes, me obliga á presumir la imposibilidad de que, si no todos, la mayor parte de esos soles no sean centros de sistemas de mundos semejantes á este de que mi mundo forma parte.

" ASÍ, de deducción en deducción, y sin permitir que mi fantasía rompa los moldes del más ajustado raciocinio, debo suponer que la esterilidad no es el objeto de esos mundos y que el mayor número de ellos ha de ser forzosamente la morada de una inmensa variedad de seres.

... "TAL pudiera presumirse la hilación de ideas y de consecuencias deducidas por el habitante más inteligente de una hoja de nogal en el inmenso bosque. — Yo sé, diría el microbio, que esta hoja en que he nacido contiene otros seres, dotados como yo de facultades intelectuales; sé también, porque alcanzo á distinguirlas, que hay otras hojas semejantes à la mía, y hallo muy natural que en todas ellas se manifieste la vida en condiciones aproximadamente análogas. — El sensato protozoo no sospecharà nunca talvez la existencia de los gusanos, las abejas y otros animales más complexos que los infusorios; pero el hombre, más inteligente y mucho más instruido que el rizópodo, bien puede aventurar siquiera un paso más para deducir lo desconocido de lo conocido, è ir hasta suponer racionalmente que, entre la abrumadora multitud de seres que pueblan los espacios, no ha de ser él precisamente quien ocupe el lugar supremo en la inmensa escala de las inteligencias encendidas en el universo."



ADMITIDA la conjetura de que hay en otros mundos otros seres mejor dotados que los habitantes de la tierra, ¿hasta qué límite puede ampliarse razonablemente esta teoría en el campo vastísimo de las hipótesis?

¿PODREMOS encontrar en cuanto conocemos un punto de apoyo para ir más lejos?

¿LAS relaciones en el volumen, peso, densidad, velocidad, distancias al sol y demás elementos conocidos en los planetas, podrán servir de base para un cálculo de probabilidades respecto del mayor ó menor grado de inteligencia que sería dable suponer á los habitantes de cada planeta?

ACEPTADA, por ejemplo, la verosimilitud de la teoría de la formación de los cuerpos celestes por efecto de los desprendimientos ó explo-

siones de la gran masa ígnea, cada vez más reducida, y dados los conocimientos actuales de la superficie del planeta Marte, ¿será dable aventurar la presunción de que aquel mundo vecino contiene actualmente seres inteligentes más racionales y más adelantados que nosotros ?

¿ HAY por ventura en todo nuestro mundo conocido un solo dato, un hecho ò un conjunto de hechos, que nos permita la suposición de que la escala intelectual ha de llegar necesariamente á la unidad perfecta ?

¿ POR qué hemos de aferrarnos en afirmar algo, cualquier cosa que sea, que no podemos demostrar ?

*

SALTAN á los ojos las contradicciones en que incurre Víctor Hugo cuando, prescindiendo

do de sus propias objeciones, no cede en su empeño de sostener doctrinas destituidas de todo fundamento, como son las que se refieren á la existencia de un Dios y á la inmortalidad de los hombres.

EN la primera de estas dos creencias, la contradicción puede ser considerada bajo dos aspectos : el que mira á la simple noción de la existencia del ente divino, y el que reproduce algunos de los caracteres que los teólogos atribuyen á esa idealidad siempre antropomorfa, no obstante los esfuerzos de la más depurada metafísica.

“AUGUR, bardo ó apóstol, dice Víctor Hugo, cualquiera que forja un Dios, de la mejor manera que puede, para ofrecerlo al cielo, sólo percibe la siniestra y tranquila enormidad, que rehusa.” — ¡ Y sin embargo, él también, el gran poeta, ofrece el estrecho molde de su criterio á la concepción de la idea divina, y forja un Dios, para darlo en espectáculo á los hombres !

ÉL ha dicho : — “ El hombre no puede penetrar en la esencia divina ”. — ÉL ha dicho : — “ El hombre no puede conocer lo incognoscible ”. — Y sin embargo, el filósofo eminente, no obstante haber comprendido sin duda que

el concepto de *potencia creadora* empequeñece hasta cierto punto la idea de la grandeza del ente supremo imaginado por los idealistas, nos habla de un Dios *bueno, justo, paternal, infinito*, como si cualquiera de esas condiciones, por excelentes que sean á nuestro alcance, no determinara y personalizara en cierto modo esa abstracción, que el hombre no puede mirar con sus ojos de carne sin materializarla, ni tocar con sus dedos de fango sin mancharla.



TODOS comprendemos fácilmente la armonía de los cuadros y de las estructuras, tanto en la naturaleza como en el arte. He oído á un niño de diez años, muy inteligente y precoz, expresarse con la desenvoltura propia de un hombre de mundo, y mi asombro no se ha sobrepuesto á mi invencible repugnancia. Una jota aragonesa no sería justamente apreciada, si se la incluyera en el estudio de una sinfonía de

Beethoven ; y un jardín inglés parecería un adefesio, si se le colocara al pie del Cotopaxi.

ASÍ, yo no concibo á Sócrates con la belleza de Narciso, ni à Frinè, con los talentos de César, ni á Cèsar con la austera virtud de Cincinato. Y así también serían, á mi modo de ver, figuras desnaturalizadas y monstruosas un Dante libre-pensador, un Flammarión materialista y un Víctor Hugo ateo. ¿ Por qué ? Hallo difícil una explicación satisfactoria : yo lo comprendo así, y así lo enuncio ; sin invocar otra razón plausible que la de un sentimiento artístico indefinido y que no encontraría en mí otro fundamento que el que tiene mi extrañeza respecto del deísmo de Voltaire y del misticismo filosófico de Schelling.

*

DURANTE millares de años, vivió la humanidad firmemente convencida de la verdad de la

cosmogonía geocéntrica, enseñada por la religión y corroborada por la ciencia. Durante una dilatadísima sucesión de siglos y de civilizaciones, nada fué más cierto y más generalmente reconocido que el hecho evidentísimo de que la tierra era el centro del universo, y de que el sol, la luna y las estrellas giraban al rededor de nuestro globo.

SIN respeto alguno por la creencia universal consagrada por una antigüedad tan venerable, se dejó oír un día en Europa la voz de un loco que afirmaba precisamente lo contrario de lo que había sido antes y siempre enseñado por los sabios y los sacerdotes. — No es la tierra, dijo Galileo, sino el sol, el centro del sistema. La tierra no está inmóvil : ella gira, como los demás planetas, al rededor del sol ; y cualquier hombre de mediana educación y buen sentido, si atiende á mis explicaciones, podrá comprobar fácilmente por sí mismo estas verdades. —

SUCEDIÓ entonces lo que era lógico que sucediera. Nadie quiso entender los argumentos revolucionarios del ilustre astrónomo, quien se vió obligado á ceder y retractarse, no obstante haber resultado después que aquel loco famoso, había tenido razón contra los cuerdos que le condenaron.

Si un minero me asegura que en un punto exactamente localizado hay una mina de oro, no estaré obligado á creerle : pero si tendré el derecho de pedirle las pruebas de su aserto. Si no me las da, y alguien inquiera mi dictamen, no podré aseverar que en el sitio indicado haya una mina, mas tampoco podré afirmar nada en contrario, desde que no tengo constancia de una ú otra cosa.

NADIE puede exigir racionalmente que otro crea en lo que no puede creer, dados los conocimientos y las fuerzas y tendencias cerebrales del incrédulo. Y éste tendrá siempre razón, cuando pida pruebas á los que defiendan la existencia de sus minas de oro.

LOS creyentes continuarán siendo muy dueños de cerrar los ojos à la luz y los oídos á todo raciocinio. La naturaleza de los topos no puede ser cambiada, por grande que sea la compasión que nos inspire su ceguera.

ENTRE tanto, la verdad, oculta ó demostrada, subsiste por sí misma, sin que puedan modificarla en un ápice las opiniones encontradas de los hombres.

¡ EPPUR SI MUOVE !

the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series

the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series

the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series

the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series
the first of the series

the first of the series

RELIGIONES Y RELIGION

70161797 2476044107

I

DISPUTAS

DISPUTAS

I

EL DOMINGO



— Mary. — ¡Señor! — Es tarde, y el cartero
No viene todavía.

— ¡Qué ha de venir, señor! Salió el portero,
Y aunque volviera. . . . — Pero. . .

— La puerta está cerrada todo el día,
Tendrá usted los periódicos mañana. . . .

— ¡De veras? ¡y por qué?

Mary apaga el fogón, y vuelve ufana,
Blanco gorro de lana
Rizada orlando su encendida tez,

— Y las cartas — ¡Por qué? — Porque es domingo.
— ¡Y bien? — No se lee hoy.
— ¡Por qué? — ¡Por qué? (¡Válgame Dios! ¡qué gringo!)
Es claro. — No distingo
— Porque Dios hizo el mundo. — Pues no doy
Con la razón para imponer tal yugo.
— Seis días empleó
Dios en hacer el mundo, mñster Hugo;
Hacerlo á Dios le plugo,
Y mucho habló por cierto y trabajó.
— ¡Y qué tiene que ver? . . . ¡ Vaya ! — Sería
Una cosa muy fea
Tocar la puerta. — Pero, dí, María,
Por qué. — Porque es el día
En que Dios descansó de su tarea.

¡Dar la lección primera en la cartilla
Al amo de la casa,
Que es impío y francés, oh maravilla
De la piedad sencilla
Que tanto alumbra con su luz escasa!
Mary triunfa: su gozo por mi pena,
Siendo buena cristiana
Y sirvienta irlandesa, la eugena.
Entre tanto resuena
En la vecina torre la campana.

*

Así en la eternidad va lo infinito
Hasta el séptimo día. Con saberse
Que llegó á fecha tal, dicho está todo :
Lo infinito se abate, languidece
Y se detiene exhausto, limitado
Por la fatal pared. Nosotros á ese
Punto final llamamos el domingo,
El día del Señor. Seguramente
Que, para hacer un cielo, necesarios
Son muchos rollos de azulado éter ;
Que forjar una oncina no es tan fácil
Como labrar un arbolillo endeble,
Y que fueron sin duda indispensables
Altas escalas de cabuya fuerte
Y andamios bien trabados y macisos,
Para pintar al fresco el alba alegre
En la negra muralla de la noche.
Así esta gran labor, labor perenne,

Que se llama natura, fué acabada
Con rudo esfuerzo. Así el Omnipotente
Dijo : ¡ no puedo más ! — Y fatigado,
Sudando, resoplando como un fuelle,
Tullido, jorobado, encurdecido
Su reumatismo crónico y rebelde
En la espina dorsal ; ya terminados
La portentosa máquina celeste
En que giran los astros, y la vida,
Y el enorme engranaje en que se mueven
Los tiempos, y las aves, y las flores,
Y el abismo, y la tierra, y las mujeres,
En su sillón Voltaire
Dios desplomado se dejó caer.

II

PRIMERA REFLEXION

*

No hay religión que no blasfeme un poco.
Una viste á su Dios como un muñeco ;
Y ese Dios en el lúgubre alarido
De las almas encuentra su recreo.
Su cueva horrible á su artesón dorado
Lanza de llamas tétricos reflejos ;
Oruje los dientes, y su dicha suma,
Su infinito placer, su goce intenso
Es tener un infierno y atizarlo
Con un borcón de hierro.
Otra recluta á Dios, y un chafarote
En la mano le pone y en el cuerpo
Uniforme marcial, por la casulla
Apenas encubierto;

El cañón á los pies, el rayo arriba,
Digno Dios de los cuervos,
Jehovah se presenta con las armas
De Sabaoth; los déspotas guerreros
Le llevan á la guerra y le proclaman
Tambor mayor ó general de ejército,
Y él les dice: — Matad. — Como es tan rico
En negro de humo Belzebuth, travieso
Se desliza hasta el Dios de las alturas,
Y la divina faz tizna, fingiendo
• Dos feroces mostachos.
En tanto el Padre Eterno,
Sintiendo vagamente que le burlan
Y faltan al respeto,
Se deja hacer; acepta resignado
Los acontecimientos;
En su mochila suspirando guarda
El relámpago inútil; cede el puesto
Al romano pontífice infalible;
Permite que el sangriento
Combate ponga plumas en su mitra;
Cierra los ojos sobre el hombre necio,
Que es además un sér irremediable,
Y, desde que no puede seguir siendo
El buen Dios del edén y del establo,
Trata ya de pasar por un buen diablo.

III

EL TEOLOGO

*

Tú, buen teólogo, dices :

— Pensadores, filósofos teóricos,

Que no sé por qué cábalas descubristeis insólito Dios
Infinito y sin forma, y negáis que se cansa y se duerme,
Vais errados; pensáis sin razón.

¡ Ese Dios sin apéndices, interés y episodios históricos,
Es acaso judío, ario, griego, indio, parsi, francés ?
Nó, y á nada seméjase un Aláhi sin leyenda ninguna
Que nos sirva de tema para un canto de mística fe.

Dices tú : — Razonemos. ¡ No juzgáis á tal Dios poco práctico ?
Yo no acepto la hipótesis de ese Dios que vosotros fingís.

Dios es torre elevada : rodúarle de fosos conviene,
Y que el hombre no pase de allí.
Sombra es Dios que proyétase más allá de insondable vorágine.
Si no ver/a es un crimen, verle mucho es un crimen mayor.
El altar es Dios mismo. No esperéis que las turbas acepten
Lo incorporeo, lo abstracto, lo infinito, lo eterno de Dios.
Dios no existe, ó incrústase en la piedra que labra el artífice.
Hace falta una casa para en ella guardar la oración.
Dios debe irse, si gusta, y volver ; pasar, si le place,
Y lo más que le pida el humor.
Tiene un ángel de guardia, como tiene su arquero un rey gótico.
Hombre soy : necesito que él imprima en mi arena su pie ;
Y ese pie sacrosanto es el dogma infalible y eterno,
Base inmoble en que el culto alza firme su inmenso poder.
¡Pero un Dios impalpable, sin cartilla ni biblia ni cánticos,
A quien Lucas, Mateo, Juan y Marcos no pueden asir
Por los miembros extremos, vivo, entero, y de cuya persona
No haya vieja que pueda decir :
— En mi cuarto le tengo ; su retrato es perfecto, lindísimo ;
Es así, de tal modo : ¡ qué bondad ! vino á ver á Moisés ;
Él habló con Jafeto, y mató mucha gente malvada
En Sodoma y Gomorra : él es santo ; él es uno ; él es tres ;
Gusta mucho del humo, y no aprueba que toquen los árboles
Que dan fruto en su huerto ; — ese Dios á quien pueden buscar
Largos meses en vano, sin mirarle lanzar de repente
Vivas llamas detrás de un zarzal ;
Ese Dios que Versailles nunca vió ni la Roma católica ;
Que no entiende un esquema, un breviario, un misal, un sermón
Y otros mil cachivaches do encerramos la esencia divina ;
Que jamás por preguntas y respuestas nos da una lección ;

Ese Dios imposible, de quien nadie, tomando la ríspida
Piedra pómez, bruñera con solícito celo y placer
La dorada auróla, en el fondo del nicho de yeso
Encajado en alguna pared ;

Ese Dios es inválido ó no es Dios! ¡Que nos dé un Pentateuco
Con el pro y con el contra; que redacte algún Toldos-Jeschut;
Que nos dé un Zend-Avesta; que nos muestre su Verbo fecundo
Que los Job y los Esdras conocieron; que invente un Talmud!
¡ Que haga salmos como esos que cantaban antaño los célebres
Caballeros de Malta ! ¡ Pero qué ! ¡ Nada sólido en fin :

Ni evangelios ni epístolas! ¡Alto, pues! Ese Dios que no tiene
Credenciales no puede surgir.

Lo que aquí nos conviene es un Dios para tontos y rústicos,
Un Jesús adecuado para gente sencilla y vulgar :

El Dios-Hombre. Que sea dogma ó mito, le hacemos visible
Y le hacemos comible; y no hay nada mejor que anhelar.

Es forzoso que tenga ese tipo de reyes pontífices

Nuestras mismas pasiones. ¡ Vaya, buenos creyentes, cuartel !

Concedámonos algo. Tomaré vuestro amargo ruibarbo,

Y vosotros tomad nuestro sen.

Dices : — Ohoca la hipótesis de un gran Dios sin la barba larguísima
Viejo es Dios. Siempre impónese la vejez á la humana flexión.
Un antiguo patíbulo por nosotros en Dios transformado
Del estúpido pueblo es encanto, es imán seductor.
Se ama en ello el misterio. Gusta el hombre de embrollos y cábalas
San Andrés empalado y su cruz emblemática están
Gobernando á Inglaterra ; la parrilla del santo Lorenzo
Levantó el imponente Escorial.

Dices : — Fe tiene el hombre en la fe de una edad remotísima.
Religión que pretende ser creída ha de ser secular
Y solemne y antigua y apoyada en las capas perdidas
De las épocas lóbregas cuya historia es la fábula ya.

Dices : — Venios un culto con respeto mayor y más tético
Cuanto más de la historia en el piélago inmenso se hundió.
Con su fiel testimonio lo acreditan los tiempos que fueron.
Somos hombres : creamos, por Dios.
Ved mil años, amigos, y dos mil y tres mil que este sólido
Templo es cosa sagrada para el hombre cobarde y servil :
Es aquí donde el tiempo ha esparcido las razas, y juntan
Sus efímeras huellas los exánimes pueblos aquí.
Él nos da por garantes de esa fe secular á la innúmera
Sucesión de los muertos. Culto añejo sagrado culto es.
No sin miedo á la oscura tradición el humano se acerca.
Esto es cierto por viejo, y después
Porque en ello creyeron nuestros padres. De siglos el cúmulo
Los altares eleva. La vejez en la sola razón
Y la prueba del dogma. Las verdades más altas se encuentran
En el fondo del pozo donde todo el pasado cayó.
Santos son la basílica y el korán, si, en la margen del Tíber
Ó de Irán bajo el cielo, muchas gentes, de siglos atrás,
Y mil sabios subieron por sus gradas ó bien rébuscaron
En sus folios la ignota verdad.

En sus horas de vida tiene un dogma basado su crédito :
Con sus trémulas manos da en el blanco ; su sola inquietud
Es que pasen los años y lograr que á la prístina infancia
Retroceda algún día su extremada y glacial senectud.
Porque es viejo seduce. Cristo ve con envidia al prehistórico
Y caduco Teutates y al decrépito Brahma también.
En la sombra de el tiempo nos despoja, verdad es mentira
Sin la herrumbre del tiempo que fué.
Quando está apolillado, luce un dogma en el cielo purísimo.
Una capa oxidada verde-bronce conviene al gran Dios.
En el éter vibrante en que emiten su luz las ideas,
La evidencia más clara que el sol
Ser mirada requiere por los hombres en éxtasis crónico,
Muchos firmes creyentes exaltados con ímpetu igual
Y un terreno profundo sobre el que ella segura se asiente.
Vigorosas raíces debe un dios como un árbol echar.
Se endurece la arcilla de la fe hasta que al fin se hace pórfido.
Sed un hecho sublime, verbo, iglesia, ritual, religión ;
En legión agrupados, dadnos cuerpos de santos y de ángeles
Adornados con raro primor;
Regulad el talento, la virtud, la pasión, el espíritu ;
Ofrecednos recetas para que haya en enero calor
Ó agüaceros en julio: todo aquello es magnífico; pero
Comenzad por ser viejos y cubriros de blanco plumón.
Si el altar tiene títulos para ser el imán de las ánimas;
Si es el cielo encarnado quien predica sermón doctrinal
A las buenas mujeres ; si los cultos son sólidos, puros,
Invencibles, exentos del mal,
Verdaderos, seguros, convencidos, — todo esto compútase
Y se mide contando las rosadas auroras que vió

El metálico gallo que, tropado en la cruz elevada
Del rural campanario, gira al viento mudable y veloz.
Religión que resiste el ciclón de los tiempos impávida,
Entra en años y triunfa cada siglo, y exclama : — ¡ Oien más,
A Dios gracias! ¡Existo! — ¡Y entre tanto procura el Eterno
Ganar tiempo, durmiendo quizás!

IV

AL TEOLOGO

*

Bien os pongáis turbantes de nevada batista
Ó mitras en que luzcan la perla y la amatista,
Oh santos sacerdotes, oh graves maniqués
De negros corbatines y batas marroqués,
Dado al mundo el derecho de necesidad, no hay gremio
De necios que á negaros se atreva el primer premio,
Porque veis que el Excelso se hace el sordo, de modo
Que finge no ver nada y que lo acepta todo;
Porque Dios, por lo visto, que le insulten consiente,
Y al ser de los Tedeums la víctima frecuente,
No da un solemne chasco alguna vez siquiera
A tanto obispo romo que se infla y vocifera,
Abusáis de su aspecto sencillo y tolerante
Para echarle á la espalda todo absurdo triunfante

En vuestras asambleas y vuestros sanhedrines,
Y ensartar muchos libros infames y ruines.
Removéis impiedades, blasfemias, maldiciones,
Errores é imposturas, oh místicos ladrones,
En vuestros tomos burdos y bárbaro lenguaje,
Como hurga con el pico el ave su plumaje.

*

¿ De dónde sacas, fraile visionario,
Ese terrible Todopoderoso
Miope y aquel Altísimo abrumado
De cansancio mortal ? ¿ Qué significa
Ese Orgón celestial, ese gotoso
Dios, á quien vence y burla y escarneco
Un demonio sutil, joven y listo ?
¡ Imprudente doctor ! ¡ qué pasatiempo
Tan divertido y tan fecundo ofreces
À la crítica audaz de los burlones
À quienes es del todo indiferente
Hacer de Dios el blanco de los tiros
De su maledicencia !
Escúchales, doctor, y ten paciencia :

— Mufti, fakir, fraile, mago,
Híbrido de enervo y zorro,
Dices tú que Dios te hizo

A su imagen : no me opongo ;
Pero tu Dios es muy feo
Y tiene visos de mono,
Sacerdotes blancos unos,
Sacerdotes negros otros :
Arréglese Dios y cuide
De parecerse á esos cómicos,
Mientras yo silvo la farsa.
¡ Cuánto adefesio tortuoso
Hay en el cúmulo de esas
Metempsícosis ! Los bobos
Díaconos de ojos de buey
Me ordenan que admire, y sólo
Logran hacerme reír.
En vano gritan sus órganos
Y abre la gran catedral,
Para atraerme á su modo,
Los de su puerta cochera
Gruesos batientes. No estorbo
À esas gentes, y tranquilo
Dejo al bando numeroso
De infelices pobres diablos
Que, en sus concursos devotos,
Gozan oyendo á sus frailes
Refunfuñar en el coro
Y regañar en el púlpito.
Me alejo de los fumosos
Predicadores cristianos
Lo más que puedo, y anoto
En mi cartera ; — Huir

De Nonotte, — y también pongo
En mi almolhada : — Jamás
Oir á Bourdaloue. — Sosos
Razonadores tartufos
Son mi pesadilla. Odio
Esas selvas de pilares
Húmedos, sombríos, toscos,
De donde caen los fríos
De calentura, los piojos,
Las toses, las pleuresías.
Vade retro ! No me expongo
En esas enmohecidas
Iglesias. Ni por autojo,
Iré á tomar un catarro,
Por el placer lacrimoso
De que ladren en mi oído
Vuestros famélicos lobos,
Oradores charlatanes,
Barbudos unos, chamorros
Olerizontes los demás,
Cuyos gestos de demonio
Se ciñen á los repliegues
De sus pesados exhortos.
¡ Oh, Frayssinous, Belarmino !
¡ Oh, sacerdotes de plomo !
¡ Oh, Laynez ! ¡ qué aburrimiento
Llueve cansado y monótono
De vuestras pérfidas frases !
Si alguna vez, gancho al hombro,
El traperero que almacena

Las almas en lo más hondo
De su tizado cestón,
Satanás, el del bicornio,
Pasa por la vecindad
De vuestros templos católicos,
Murmura : — Cuando más tarde
En los infernales hornos
Caen estos desgraciados
Sermoncadores estólidos,
Les damos una paliza
Con sus mismos soliloquios. —
Dios ; el mundo : triste arriero
Y mal burro. ¡ Sacerdocio !
Si es necesario creer
A vuestros necios retóricos,
Dios en todo se entremete
Y Dios lo conduce todo.
¡ Es así ! Tanto peor.
El universo, este aborto
De la nada, dislocado,
Mal parido por el orco,
Ouelga y se da cabezadas
Contra el muro tenebroso.
Es una nave perdida.
Se ven, del cielo en el fondo
Tan negro como la tinta, ..
Los largos mástiles rotos.
Perdió su áncora y su brújula,
Y á ratos parece que hórrido
Entra el mar por todas partes.

Quanto los hombres medrosos
Oreyeron está esparcido
En los abismos del ponto.
La fe sobrenada apenas
Entre revueltos despojos ;
Flotan sin rumbo el derecho
Y la verdad sin apoyo,
Y á lo lejos se distingue
La esperanza, que hacia el lóbrego
Cielo levanta los brazos
Que traga el mar poco á poco.
¿ Qué hace en tanto ese Dios bueno,
Justo, misericordioso ?
¿ Qué hace vuestro Dios, caribes ?
Nada. Pero me equivoco.
Hace á Nemrod, Oam, Atila,
Gengis, Tamerlán, los monarcas
Del Oficio, Carlos Quinto,
Bonaparte ; con su soplo
Destroza Roma, sepulta
Atenas, reduce á polvo
Esparta, arrasa Persépolis.
Gracias á Dios poderoso,
Dijo un rey : NOMINOR LEO.
Si da al mundo un santo, pronto
Una gran calamidad
Nos echa encima piadoso.
Él conduce á los Pizarros,
Si ha guiado á los Colombos.
Es fantástico, quimérico,

Y tiene mil caprichosos
Actos que el sagaz Bossuet
Podrá comentar al dorso.
Quando brilla su alba, cae
Su eclipse sobre nosotros.
Ese sol es astro ciego,
Mudable, contradictorio.
Al mismo tiempo se ve
Sobre este aplanado globo
La victoria y el fracaso
De ese Altísimo irrisorio
Que, con sus cambios y giros,
Cambia y gira como un trompo.
Es hidra. Es Dios. Es el negro
Cubo de un volante loco.
Acaso á veces y á veces
Providencia, todo el poso
De los horrores humanos
Se condensa en ese monstruo
Divino, á quien describís
Tan parecido á vosotros :
Como padre, vengativo ;
Como mïestro, envidioso.
Tal día de la semana
Prohibe el tocino gordo,
Y si lo comemos, vienen
Oloto, Laquesís y Atropos
Y al sumidero nos llevan
Donde todo es fuego, fósforo,
Brasas, llamas y carbón ;

Si bien es cierto que pródigo
El nos esconde su infierno
Dentro de un jamón sabroso.
Cuanto él produce se quiebra
En sus manos, y si el cosmos
Arregla y en demasía
Saca del laboratorio
Arena, sombras ó nieve,
El es responsable. Foco
Es de nuestras epidemias,
Y cuando viene un trastorno
Ó se rompe un eje, es él,
Es Jehovah que está chocho.
Sucio está Dios, si se ensucia
Mi talón con cieno hediondo ;
Y el mendigo — mas ¿ por qué,
Por qué mendigos ? — con lodo
Inmundo le priuga. Siempre,
Doquier, cubiertos de oprobio,
Se levantan los harapos
Del pobre ; lanzan al rostro
Divino su formidable
Acusación, y horrorosos,
Repugnantes, pestilentes,
Cuelgan á Dios, ese ogro
Que es el único culpable.
Para colmo de los colmos,
Esa diestra furibunda
Del horrible trasgo incógnito
Es la diestra más torcida

Que vieron nunca mis ojos ;
Pues inunda un continente
Por castigar un villorrio,
Y Pero ¡ bah ! soy un necio,
Un impertinente, un tonto,
Sacándole sus trapitos
Al sol. Talvez le incomodo
Al mirarle de soslayo.
¡ Cierta que me asusta el coco !
Yo me divierto y me río ;
Y ya que es tan lastimoso
Que pierda mi tiempo en estas
Cosas inútiles, corto
Mi discurso en las narices
De Su Eminencia, y le endoso
Un papirote. ¿ Se atufa ?
Me importa un bledo. Le oigo
Como quien oye llover
En su casa y bajo toldo,
Quando el cascado vejete,
Entre dormido y furioso,
Gruñe : — ¿ Dónde diablos puse
Mi rayo ? — En tanto me mofa
De su rabia, y antes que
Este rancio y estrambótico
Geroncio haya echado mano
De su trueno más sonoro,
Yo, tranquilo y á mi paso
Ordinario, me coloco
Bastante lejos. Sin duda,

El descargará su bólido
De fuego cerca de mí,
Pero sin tocarme. Ociosos
Predicadores insulsos
Que mentís con tanto aplomo :
A un lado vuestra elocuencia,
Y al otro mi alegre bombo.

Sin réplica, ¿verdad ? ¿ A todo aquello,
 Decid, qué responder,
 Si vimos al error poner su huevo
 ¿ Incubarlo la fe ?
 La Iglesia hace que pese sobre el niño
 La muerta senectud,
 Y un dogma irracional ata en los ojos
 Que no se abren aún.
 Da el sacerdote un falso itinerario
 A quien quedó sin luz,
 Y le cobra peaje en la frontera
 Del infinito azul.
 ¡ Oh muertos, registráos ! En el puente
 Del cielo hay que pagar.
 Si no tenéis el óbolo exigido,
 Quedáos con Satán.
 Mirad. Un Dios perverso á quien se alaba ;
 Un excelente Dios
 Que amenaza cruel ; un Dios que firma
 De Maistre, Salmerón,

Troublet, Sánchez, Ignacio, y que allá lejos,
Entre sombras y horror
Y entre viejos que inmóviles pestañean,
Resplandece feroz,
Y nada que esperar, sólo la noche
Del eterno dolor.
¡ Oh sacerdotes ! ese Dios sentado
Debajo de un dosel
Es de este mundo imbécil el supremo
Columna de estupidez.
Útil, cual los antiguos espantajos,
Le graban con primor,
Sombra abuelo, en lo alto de los pórticos ;
Y desde aquel balcón
Oye, aunque es algo sordo, la campana,
Su vecina locuaz ;
Hace juntar las manos al que pasa ;
Fascina á los que van,
Buenos carneros de la raza humana,
Conducidos á él,
Y encanta á los rapaces que, á la espalda
El saco y en los pies
Las sandallas, barriendo despojos
Recorren el país
En junio, cuando ngítanse los árboles
De las sendas y mil
Señas se hacen de lejos, muy contentos
De haber peinado bien
Las carretas de heno y esquilado
A su rebaño fiel.

INVENCION

*

¡ Qué mezquindad ! El Arimanes vuestro
Se envileció hasta ser un pobre diablo
Dispárase veloz como un venablo
Contra las gentes ; luego por los pies,
Por la cabeza, por cualquiera parte
Las empuña y las lleva á su cocina,
Y haber hecho una hazaña se imagina
Transportando á Jesús de Nazareth
Al monte Tibidabo, cuando dijo :
Te ofrezco cuanto ves, el mundo entero ;
Sé dócil. — El cornudo majadero
No sospechó un instante que era Dios
El hombre á quien asió de los cabellos,
Y que aquella deidad propiciatoria
Que apagó los destellos de su gloria

Y su juego de niño le ocultó,
 Pudo decirle: — Horrible marimanta,
 Murciólagos riin, ladrón inmundo,
 Zopenco estafador, ¿ me dás el mundo
 A mí, que soy su dueño y su señor ?

Muy pocas religiones, meditando
 En el sacro anauké del hondo abismo,
 Hacen bien un titán: el cristianismo,
 Con su diablo raquístico, marró.
 Viéndolo sólo por el lado artístico,
 Es muy soso y vulgar ese demonio
 Que no pudo engañar á san Antonio
 Y á Juan en el desierto fastidió.
 El tremendo demonio causa risa;
 Si de diablo se viste. Harto pesado,
 Se arrastra á veces, y otras, trasijado
 Queda, como famélico lebrej.
 Belphegor á un gitano arruinaría.
 Llevado Belzebuth de feria en feria,
 Menos golpe daría que la sería ..
 Y astuta fuz de un mico javanós.
 Yo, expositor de monstruos y fenómenos,
 Para hacer ensanchar el ojo humano,
 Desechando á Sadoch, ladrón enano,
 Y á Moloch, coco en forma de dragón,
 Y á Belial, el fursante que echa chispas
 Por las narices, elegido hubiera

Un conejo educado, que supiera
Tocar la pandereta y el tambor.
Dado el inmenso abismo de la noche;
Dada la horrible lobrete que anida
En honda cavidad, y en ella hundida
La sombra de un terrible, colosal
Y audaz explorador, uno se pasma
Del poco fruto que de allí ha sacado
El mito de la cruz. No habéis hallado
Nada mejor que el sátiro sensual.
Con él ha vuelto el rancio paganismo
Hacia vosotros. Siempre la pezuña
Hondida; siempre la bicorne cuña
Sobre la frente; siempre igual tumor
En la espina dorsal del mismo gnomo.
Tal es todo el binomio: cojo y ciego.
Lucifer, culebrón de ojos de fuego;
Asmodeo, lisiado corredor.
El uno no ve á Dios, y vaga el otro
Diablo cojuelo. En Roma, todavía,
En los ruinosos muros donde un día
Se alzó el palacio de Nerón, se ve
Las pinturas de lúbricos fantasmas
Que danzan con escuálidos cabrones
Repugnantes, y enanos cabezones,
Y silenos en torpe desnudez.
El infierno cristiano, simplemente,
Copió esos tipos de hórrido cinismo.
De vuestras manos recibió el bautismo
Fauno, y en diablo convertido está,

La protesta viviente que gravita
Sobre el enorme cable que sustenta
El universo, y que romperlo intenta
Para que todo calga y vuelva á entrar
Al caos, y que el azur, el sol, el ángel,
El cielo, el hombre, Dios, todos unidos
Se desplomen y rueden confundidos,
Y se estrellen al fin; el impostor
Que, pensativo, bajo la infinita
Y eterna creación, urde sombrío
La traición espantosa del vacío;
El sér horripilante, negro, atroz,
Alma desmesurada que alza y baja
El nivel de la sombra, lóbrego astro;
Ese parodiador, ese padrastro
Terrible, amargo, y que, al menor desliz,
Aprisa al hombre, y hace vil, pequeño,
Cuanto Dios hizo grande; ese malvado;
Ese monstruo tan alto que ha logrado
Vencer al trueno en fragorosa lid;
Ese titán de cuya frente brota
El mal universal, cual de una llaga,
Y que ríe con risa más aciaga,
Acre y profundo que el inmenso mar;
Ese áltivo coloso encadenado
Bajo el peso del Etna formidable,
Se encuentra en vuestras manos miserable,
Raquítico, y á más con el pesar
De su ruindad deforme. Está en galeras
Aquel que en el Erebo no cabía,

Y se ve una joroba donde había
Una montaña de imponente faz,

Necios en fin. Rehacéis de Ixión la rueda,
Y producéis el diablo. La natura
Algo nos da mejor que la impostura
Eclesiástica: el mono es más jovial.
Hacéis, en vuestra fábula mezquina;
Que capricornio, joya del zodiaco,
Caiga hasta ser un chivo sucio y flaco
Y de las brujas el nocturno rey;
Que aumente del infierno la tristeza
El influjo feroz del paraíso;
Que los malditos, en horrible guiso
Revueltos con los diablos y la pez,
Den grato aroma; que los tristes ayes
Regocijen al cielo, y que la hoguera
Do se encuen los malos, cual ligera
Brisa, refresque al bello querubín.
Pero tiene el demonio poco lustre,
Aunque hace siglos que el malsín se tuesta
Sobre el lecho de fuego en que se acuesta,
Y comprender no es fácil cómo allí,
En aquella cisterna desfondada,
Llena de llamaradas y de espanto,
Con odio tal y con agravio tanto,
Iblis resulte apenas. La bestial
Hembra de Othrix, el pulpo cuyos largos

Tentáculos feroces, sin soltarse
De los montes Carpatos, á posarse
Iban sobre el histórico Ararat,
Y que, cuando en las aguas zabullía,
Derramaba los mares, es ahora
Pequeña lagartija trepadora
De uñitas verdes y cabeza gris.
Y el pueblo, que en el fondo reconoce
Vuestra impotencia, es natural que ría
De esa terrible gigantesca arpía
Transformada en diablilla baladí.
Al enviado del cielo que volaba
Sobre Pegaso, al inspirado Lino,
Con su palo de escoba, en el camino
Vuestra bruja maldita relevó.
La endiablada, la infame brujería
Del fanático fraile se apodera,
Y penetra, cual negra gusanera,
En la pared de la claustral mansión.
Esos monstruos enanos son más pálidos
Que la esfinge, nocturna saltadora
Que los blancos nenúfares desflora,
Y más viles que el sapo, inmunda hez
De los sucios pantanos. Se diría
Que los que así su Satanás fingieron,
Toda vez que pintarlo pretendieron
Lograron retratar un chimpancé,

VI

LAS MANOS LEVANTADAS AL CIELO

*

¡ Deja decirlo todo, inagotable
Manantial de los seres !
Tú ves mi alma : es necesario que hable
A esa turba de frailes mercaderes.

VII

OBRA MAESTRA

*

Prestáis este discurso al Bien supremo y santo :

Yo puse en otro tiempo al hombre y la mujer
Primeros en un sitio de dichas y de encanto ;
Prohibíles una fruta ; comiéronla : por tanto,
Castigo para siempre á todo humano ser.

Por eso hago en la tierra los hombres desgraciados ;
Por eso les prometo venganza celestial,
Tormentos infinitos para ellos reservados,

En pago de la culpa de sus antepasados,
Allá donde entre brasas revuélcase Satán.

Sus almas y sus cuerpos descienden, cual torrente
De fuego, convertidos en llamas y carbón.
Es justo. Pero como yo soy tan indulgente,
Me aflijo. ¡Pobrecitos! ¡Qué hacer? ¡De qué expediente
Podré echar mano en esta tristísima ocasión?

¡Qué diablos! ¡Una idea! Les enviaré mi hijo:
Que nazca en la Juden: después le matarán.
Consiento en ello. Entonces, alzado el crucifijo,
Y habiendo perpetrado la atrocidad que exijo,
Sin mancha ni pecado los hombres quedarán.

Al verles responsables de un crimen verdadero,
Del otro imaginario daréles mi perdón.
Virtuosos eran antes, y yo los regenero
Con lance tan sangriento y odioso, porque espero
Hacerlos poco á poco más dignos de su autor.

Así ya puedo abrirles, tranquilo y consolado,
Mis brazos paternos, llorando de placer.
¡Hosanna en las alturas! El hombre se ha salvado.
El acto de inocencia de Adán está lavado
Con una acción injusta, inútil y cruel.

VIII

CONSECUENCIAS

*

Siendo el gato Lucifer,
Y siendo el hombre el ratón,
Trampa fué la redención,
Y el gato está por caer.
Libres debimos nacer,
Al morir Cristo por nos,
Que está el equilibrio en dos
Hechos de la raza humana :
El robo de una manzana
Y el homicidio de un Dios,

Está bien. Mas siendo así,
No nos riamos de Thor,
Furibundo cazador
Del invisible Matchí,
Tigre de las nubes ; ni
De Zuvoch, el singular
Arquero, que dió en tirar
Al astro Aleph ; ni del listo
Horus, que al gran Trismegisto
Hermes consigue engañar ;

Ni de Sog, el que á los dados
Pierde á la hermosa Selene ;
Ni del testaceo que tiene
Sobre su concha afianzados
Ocho elefantes pesados
Que sostienen tierra y cielos ;
Ni de esos dioses de Delos,
Palmípedos semilunarios,
Que tienen alas y manos
Y también plumas y pelos,

Y saben cómo se llaman
Todas las olas, y cuyos
Tronos brillan cual cocuyos,
Quando á lo lejos derraman
Su indecisa luz é inflaman
Las cumbres de la Quimera,

No disputemos la acera
Al hotentote desnudo
Que encierra en su negro y rudo
Puño la brisa ligera ;

Ni á los griegos indiscretos
Que, en un banquete nocturno,
Dan al abuelo Saturno
À comer sus propios nietos.
No afrentéis los amuletos
Y los dioses del zulú,
Ni los templos de bambú,
Donde, sin pudor ni traje,
El salvaje y la salvaje
Rinden culto á manitú.

¡ Oh dioses, religiones, profecías,
Dogmas, certezas, fé, sabidurías !

IX

PROPOSICIONES

*

¡ Oh tú, débil mortal, quienquier que seas,
Luz de tu sombra, de tí mismo gafa,
Que vas, al resplandor de tus ideas,
Meditando pesquisas en la fría
Extensión de los cielos esplendente
Que ha sembrado la humana fantasía
Con sus dioses humanos ; tú, demente,
Sólo tienes segura tu demencia ;
Tú, que subes audaz y alzas la frente,
Sólo tienes de grande tu insolencia !

Pero dí, explorador, dí, pobre ciego,
 ¡ Quión, qué cosa tú eres ? En presencia
 De este encubierto bólido de fuego
 Que nos arrastra en su fatal caída,
 Es aquí donde debe desde luego
 Verse el móvil y el fin de nuestra vida.

Ensebio, Entimio, Pánfilo te llames ;
 Tengas entre filósofos cabida ;
 Comentador, cronista te proclames
 Ó profesor, y exhumes un vocablo ;
 Todo lo expliques ; á Gregorio aclames,
 Y cites á Tomás, á Pedro, á Pablo,
 Entristéce, túrbate, casuista :
 Deja ya de explotar á Dios ó al diablo ;
 Nada pidas al cielo, ni aun la lista
 De tus dioses mamíferos. Madura
 Tu propia inspiración. No más insista
 Tu pequeñez en escalar la altura
 Inútil. Hombre, baste á tu delirio,
 Si tienes de Lactancio la estatura,
 Derribar á Hierocles y á Porfirio.
 Si eres doctor de un culto obligatorio
 Y no quieres optar por el martirio,
 Resultas instrumento supletorio,
 Y nada que extraer ya del misterio

Tienes, ni del celeste repertorio
Que no gira en lo inmenso de su imperio
En favor de una tesis arbitraria ;
Y no podrá jamás tu magisterio,
Aunque tuvieras ciencia extraordinaria,
Deducir de ese abismo y de esa bruma,
Sordos siempre á tu queja y tu plegaria,
Nada mejor que la elocuencia suma
Que contra Zena y Blastus, Ireneo
Y Justino arrancaron á su pluma.
Está bien. En sanscrito ó en hebreo,
Escoge un libro ; adóralo ; detente
En cada frase ; toma por empleo
Repetirlo, imitarlo servilmente,
Y de una letra por un hombre escrita
Hazte tu propio límite, creyente.
La extensión de los cielos infinita,
Esa sima en la cual desconcertado
Rodarías, no es página erudita
Para tí ; nada enseña al siervo atado
À la fatal coyunda y que rehusa
Que le liberte la verdad. Postrado
Quédate, pues, y que tu ciencia iufusa
Se arrastre humilde sobre un libro muerto.

Mas ¿eres, por ventura, quien no usa
Criterio ageno para ver lo cierto ;
Un libre pensador ; alma que flota
Al margen del inmenso libro abierto
Que en la nocturna transparencia brota ;
Explorador, que nada de antemano
Ha resuelto respecto de la ignota
Vorágine insondable, y que tirano
No impone un dogma á la sublime bruma,
Y no persigue con intento vano,
En el aire, en el fuego y en la espuma,
Una forma visible en piedra ó tela
De la esencia divina ; eres, en suma,
Hombre que busca, espíritu que vuela ?
Útil, pues, te será, más que un maestro ;
Más que un credo vulgar ; más que una escuela ;
Más que un grueso misal, fardo siniestro
Del facistol, y más que cuanto astuto
Lazo tienda á despótico secuestro,
Lo abstracto, lo concreto, lo absoluto,
La intuición de lo eterno y lo infinito,
Sin reglas de científico instituto,
Sin ángulos, sin centro, sin circunito,
Sin cronómetros, brújulas, cuadrantes,
Metro, nivel, compás ni teodolito.
Necesitas los grandes, aterrantes
Encuentros de la noche, en que se siente

Pasar el tren de incógnitos errantes.
Necesitas que soplen en tu frente
Los vientos negros, hálitos profundos
Que el antro arroja y llevan al ambiente
De la noche mensajes de otros mundos,

Pero no esperes nunca del abismo
Do se borran los tiempos vagabundos ;
No del gran todo ; no del organismo
Feroz, ilimitado, do rebosa
Lo invisible, ó en donde, cataclismo
De las sombras, el ala tenebrosa
Del huracán tropieza con las alas
De las águilas, una minuciosa
Explicación de Dios, con adehalas
De rigor silogístico ; ni esperes
Que, al subir de lo inmenso las escalas,
Para acordar los varios pareceres
Que confunden tu espíritu abatido,
El ser te pruebe el ser, si así lo quieres,
Por A más B. Si anhelas que el henchido
Conjunto astral un dogma te demuestre
Con el pro y con el contra debatido,
Como lo hicieran Sánchez y De Maistre
Comentando á Loyola, vano empeño
Es que la noche augusta te amaestre.
No equipares el Líbano y un leño,
El abismo y un clérigo ; distingue

Entre Oxford y la noche, entre el risueño
Matutino crepúsculo y Göttingue.
Los teólogos, los libros, los liceos,
Son una cosa ; lo que no se extingue,
La sombra iumensa, el invisible Theos,
Otra cosa. ¿ Qué enseña la caverna
Insondable á psicólogos y ateos ?
Inquiérello ; mas sabe que la eterna
Claridad no es la incierta que nos trae
La instrucción escolar con su linterna.
La luz devora y el colegio rae.
La enseñanza de arriba no rastrea
La humilde ruta do tropieza y cae
La enseñanza de abajo. Nos franquen
El misterio sus leyes ; la Sorbona
Sus pobres aparejos acarrea.
Yo no puedo ocultar á quien razona
Que la ciencia del ser, ruda, escarpada ;
Atmósfera ideal ; ardiente zona
Do la mente se pierde dilatada ;
El problema absoluto, cuya dura
Solución es el Todo ó es la Nada ;
El negro libro de la noche oscura,
Que tan sólo los sueños han leído,
Puede estudiarse en la serena y pura
Diafanidad azul, ó en el temido
Horror de las tinieblas infernales,
Con método distinto al que ha seguido
El colegio Albornoz. Ve sin cendales
El alto empireo. ¡ Mira ! Eter, aurora,

Inmensidad sin límites ni umbrales,
Con esa plenitud aterradora
De fúlgidas estrellas encendidas
En diamantina llama vibradora
Y en el azur purísimo esparcidas
Del infinito mar : cristalizadas
Perlas de luz en lo infinito hundidas.
¡ Qué vas á hacer, oh tú que te anonadas
En el cosmos sin fin, muy más terrible
Cuando abiertas están que si cerradas
Sus formidables puertas ? ¡ Qué posible
Rumbo hallar  tu espíritu de plomo
En el oscuro océano inaccesible
De lo grande y sutil ? ¡   quién y cómo
En ese medio trágico hablar s ?
¡ Tu ciencia vil, tu lógica, tu aplomo,
Tu razón, en pedazos no verás
Y en más confusos ángulos rompidos
Que de la añosa encina, en las sombr as
Espesuras del bosque, los torcidos
Le osos miembros ? Hombre, dime,   en d ondo
Tus silogismos, cuando están caídos
Bajo el enorme prisma ? D , responde :
  Podrás sufrir la inmensa rasgadura
De lo ideal, de lo que aquí se esconde,
De la eterna verdad, de la luz pura ?

Saber fué en todo tiempo la demencia
De los sabios. De Osiris la locura
Pidió al abismo portentosa ciencia ;
Pero el abismo de sus senos brota
Rostros fieros que ahuyentan la insistencia
De los tristes profetas en derrota.
Marte á Solón, como á Zaleuco Palas,
Sabias leyes inspira ; Numa agota
Su inspiración y aprópiase las galas
De su ninfa ; con Zan Minos departe
Sobre el cretense Sinaí, y en alas
Del ansia de saber, Licurgo parte
À escuchar el oráculo sagrado.
Todo eso es el abismo, mundo aparte ;
Y el oscuro aquilón mezela irritado
Esos fantasmas en la misma bruma.
Todo eso es el azar de lo ignorado ;
La fuga de los átomos ; en suma,
Es la duda fatal.

La duda inmensa,
¡ Ay ! la duda cruel, rabiosa espuma
De negra tempestad. Sobre esa extensa
Mar de los vientos, el calor, el frío,
Lo amargo, lo que es mancha y es ofensa,

Exhalan en furor el rudo brío
De sus rugientes pechos, aparece
El escueto archipiélago sombrío
De las doctrinas; playas do fenece
La duda casi; cimas que son puertos,
Cuando no son escollos. Resplandece
Vesalio allí desenterrando muertos;
Sócrates luminoso allí levanta
Su cáliz inmortal; allí, cubiertos
De intensa palidez, Zenón, que espanta
Al tirano feroz; Pirrón, oscuro
Perfil apenas entre sombra tanta;
Los siete sabios, norte del futuro,
Oyoladas en el cielo de la historia,
Fulgurando en la niebla, sobre el muro
Del templo de la luz y de la gloria;
Swift, Rabelais, Montaigne, Herder, Helvecio,
(Y tantos otros dignos de memoria
Que olvidó la ignorancia ó el desprecio),
Kant en angustias, Hegel taciturno,
Y allá abajo esa cúspide, Lucrecio.

Son los más tristes ¡ay! los que el coturno
Se calzan del bufón. Haber reído
No es amparo leal contra el nocturno
Cielo estrellado; así no ha construído
Nadie sobre nosotros ningún techo
Contra el Ser, sombra y luz, vital fluido,

Siniestra tempestad. Ese derecho
No abate la altivez de las montañas ;
Eso no hace callar el ronco pecho
De un Vesubio en furor, ni las extrañas
Pavorosas trompetas en las bocas
Del aquilón, que lleva en sus entrañas
La fuerza horrible de las furias locas ;
Eso no estorba al mar desmesurado
Ofrecer en las aras de sus rocas
Su espumosa oblación al congelado
Y pálido planeta. La ironía
No desconcierta el broche delicado
De la rosa que se abre al claro día
Para dar su perfume al aura ambiente.
Cerrar los ojos con tenaz porfía ;
Gritar : ¡ No quiero ver ! — esa valiente
Necedad del incrédulo no impide
Que vierta el sol su espléndida simiente.
Reíd, pues. El incógnito reside
Tras muro impenetrable, y no le inquieta
La burla de Luciano que decide
Que está en la negación la ansiada meta.
Mares, desiertos, selvas, flores, mieses,
No se turban jamás si alguien los reta
Con sarcasmos y frases descorteses ;
Y el boyero invisible, ese gigante
Que empuja hacia el zenit las siete reses
Que unció la eternidad al atorrante
Carro del polo norte, no se inclina
Para leer la estrofa más picante

De Voltaire á Thiriot. ¡ Quién adivina
Lo que nadie conoce ? ¡ Está segura
De su risa esa gente que elimina
À Dios, inútil sílaba y oscura
Tradición de los bárbaros, y aja
La almidonada, blanca vestidura
Del pulcro sacerdote ? ¡ Qué ventaja
Pretenden obtener ? ¡ Ser contrapeso
De los creyentes ? ¡ ellos, una paja,
Y los otros, un mundo ? ¡ Todo es eso ?
¡ Es algo ? ¡ Qué elección tan tenebrosa
En medio de la noche ! ¡ Qué suceso !
¡ Creer ó no creer ! ¡ Qué le produce
De bueno al hombre, fiel en la insidiosa
Balanza del enigma, si balbuceo
— N6 — sólo por que alguien, otro ciego,
Tartamudea — sí — ?

Radiante luce

Sobre la niebla el sol. Àlzato luego,
Oh libre pensador, alma sincera,
Y vuela, vuela, espíritu de fuego,
Si te sientes con alas. Mas espera ;
Oye, débil mortal : aunque á la lumbre
De tus ojos el pórtico se abriera
De otros mundos ; por mucho que se encumbra
Tu audaz inteligencia, delirante
Horadar no pretendas la techumbre

De tu cárcel humana. ¡ Vé adelante !
Lo grande no te arredre, aunque te asombre ;
¡ Pero cuidado ! el ser sin semejante
En quien todo se funda, el ser sin nombre
De quien todo difiere, nos encierra
En círculo fatal. No sale el hombre
De la capa gaseosa de la tierra ;
Es el abismo el metro de la cima,
Y el pájaro más libre de la sierra
Tiene la jaula de su propio clima.

II

FILOSOFIA

FILOSOFIA

Delante de las cosas infinitas,
Hombre, dime, ¿ qué son tus ceremonias ?
¿ De qué sirven tus salmos, tus novenas
Y todas tus sagradas gerigonzas ?
¿ Por qué, si son tus días
Cortos, y limitadas son las horas
De tu vida, postrarte así ante tantas
Aras contradictorias ?
Átomo, débil presa
De duros purgatorios, ¿ qué curiosa
Aberración es esta
De interpelar á la celeste bóveda ?
¿ De dónde te ha venido la enfermiza
Necesidad premiosa
De tomar por testigo lo invisible

Y de invocar la oscuridad traidora ?
Alquimista de ensalmos y de rezos,
¿ Crees acaso fecundar la sombra
Sembrando en ella ritos y vertiendo
Sobre la bruma las nocturnas fórmulas ?
¿ Te imaginas, oh loco cuyos sueños
Son de tu mente la indecisa copia,
Que, cuando con tus ojos, tus orejas,
Tu nariz y tu boca
Fabricas un fetiche en cuya cara
Tus facciones amoldas,
Al dirigirte al antro sin medida,
Al silencio, al misterio, á la horrorosa
Soledad, persuadirles lograrías
Que le hicieran los piés según tu horma,
Mientras le haces los brazos ? ¿ Te figuras
Que el abismo, en el cual Thales, Hipponax,
Sócrates, Juan de Pathmos, Alighieri,
Los drúidas de Armor, Savonarola
Y los magos de Eufrates han temblado,
Convendrá en asociarse á tu persona,
À medias al partir de utilidades,
Para dar base sólida
À tu inútil ficción, á quien mutila
La realidad por todos lados ? Softa,
Augur, apóstol ó poeta de ancha
Frente, quienquier que forja
Un Dios, obra maestra de su ingenio,
Para ofrecerlo al cielo, apenas logra
Percibir al través de la confusa,

Niebla, la inmensidad abrumadora
Que rehusa. Por más que el hombre insista
En endiosar la obra
De su sordera y ceguera nacida,
Y por más que ella sea la graciosa
Hija de Grecia, ó el terrible parto
De la Biblia, ó la hosca
Concepción de la India, ó la pagana
Adaptación católica,
La Sombra no da al hombre una respuesta.
Sin un eco en la atmósfera,
Sin un signo en el éter transparente,
El Ser incommovible ha visto todas
Las deidades nacer: ha visto á Orfeo
Engendrar al Saturnio; vió á Mahoma
Engendrar á su Allah, como había visto
Al egipcio Moisés violar la historia
Y engendrar á Jehovah. Sobre el vacío
La negación se sienta melancólica;
El sacerdote es rechazado siempre
Por la sima insondable y pavorosa;
Le basta al Todo lúgubre
La noche inmóvil que lo inmenso colma,
Y el abismo no inventa ningún sídolo,
Teniendo henchidas sus entrañas lóbregas
De espanto y de terror eternos.

¡Hola!

Con un Dios liecho ya y hecho á tu gusto,
Avanzas en la sombra.
Sea Dios. De grandeza le reviste
Tu pequeñez; tu noche tenebrosa
Pone en su frente pálida
Los rayos de la aurora,
Y á sus plantas descuelgas un torrente
De ángeles, cuyas ondas
Descienden hasta tí y hasta él se elevan.
Necesitas la serie conductora
Desde el cielo hasta el suelo. Tú deseas
Abarcar de un vistazo la recóndita
Región de los misterios; ver el punto
De llegada, al reflejo de tu antorcha,
Y el punto de partida. Tú pretendes
Decir, con la certeza del geómetra:
Aquí está la mitad, aquí la cuarta
Parte; contar los escalones. Formas
Esta combinación: Dios y el arcángel,
Y más abajo, frente á frente, otra
Pareja, los primados terrenales,
El hombre y el mandril. Pues no hay tal cosa.
Todo es Uno, y no más. Sabe, sombrero
Estudiante de ciencia tñológica,
Que hasta Dios no se sube como subes
Una escalera; que él se encuentra en Roma

Lo mismo que en un sol ó una colmena,
Y que el vibrión, la ostra,
El ave, al hombre, el astro, á igual distancia
De lo infinito están.

¡ Y cuán remota
También de todos la verdad ! Nosotros,
Soñadores, á quienes nos devora
Hambre y sed de saber, y que sin miedo,
Sin descanso excavamos en la honda
Eternidad sincera y formidable,
En su luz negra y en su faz radiosa
Do vemos tanta luz y tanta vida,
Por más que á nuestras solas
Atisbamos, miramos, contemplamos,
Jamás nuestra curiosa
Atención hallar pudo nada de eso
Que presumes, que inventas ó que adoptas.

Conocer, penetrar de Aquel que Vive
La esencia, su poder, su ley, su norma,
Sus atributos, — nó, — tan altos fines
Están muy por encima de las cortas
Fuerzas de los terrícolas á quienes
El soplo helado de la muerte agosta.
Los invisibles son. Ellos existen,

Y van sobre las olas,
 Y llenan el espacio,
 Y viven en la luz; ellos se alojan
 En el palacio de tus sueños, y hablan
 En los vagos rumores que te asombran ;
 Pero no se parecen
 A tus tristes visiones engañosas.

Renuncia a importunar lo que hay de cierto
 En tus sueños fantásticos. La Sombra,
 Abajo como arriba,
 Rechaza tus mentiras y tus hostias.
 El trueno no es amigo ni enemigo
 Ni aliado de tu Dios, quien no ama ni odia
 A la hormiga. Si eriges vasto templo
 Y en él encierras tu impresión devota,
 Las abejas murmuran
 Y el huracán se mofa ;
 Lo pequeño y lo grande te zahiere,
 Y desprecian el águila y la mosca
 Tu dragón de metal, tu ángel de piedra
 Y tus dioses de nada : tu Canova
 Les dará pulimento, mas no vida,
 Y el avecilla, que huye de la cobra,
 En tu serpiente heráldica
 Sin inquietud y sin temor se posa.
 ¡ Esculpe tus deidades, pobre ciego !
 En sus ojos de mármol y en su boca

De granito el reptil hace su nido
Y el gavilán su estiórcol desaloja.

¡ Tú, tú mismo, escolar, tú te reirías
De tu impotencia propia,
Si comprendieras bien hasta qué punto.
No puedes producir la menor cosa,
Lo más simple y sencillo, ni hacer nada.
Fuera de los linderos de la forma
Conocida por tí, y hasta qué punto.
Todas tus artes, tus industrias todas,
Trabajando á la vez, son impotentes.
Para crear un ápice, una mónada,
Algo fuera del círculo
Estrecho donde moras
À la pálida luz de un triste día ;
Hasta dónde se tornan
Pueriles tus visiones delirantes ;
Cuán pobre es Della Robbia
È infecundo Rembrandt, y en qué pañales
Rubens, Salvator Rosa
Y Miguel Àngel se hallan todavía !
Natura, la infalible y previsora
Abuela de mil voces roncás y ásperas
Rugientes en los antros y las rocas ;
La nodriza de lobos y panteras
Y caimanes y boas
Tiene cavernas grandes y profundas

Llenas de formas hórridas
Y misterios tan negros que te hicieran
Temblar al penetrarlos, y en la umbrosa
Enormidad de bosques y de mares,
Rica en monstruos, no quiere ni le importan
Tus absurdos quiméricos. ¡ Esperas
Que ella se prostituya y, en vil cópula
Con tus sueños efímeros, acepte
Tu unicornio, tu hídra, tu gorgona,
Teniendo su león de ojos flamígeros,
Su tigre, su oso, su onza
Y su horrible hipopótamo, y que abdique
Su águila de los montes por la fosca
Pintada en tus blasones ? ¡ Pobre hombre,
Loco é inútil bajo la ancha tolda
De azur, nieblas y nubes, tú no puedes,
Combinando tu ingenio y tu memoria,
Hacer un monstruo, y quieres y pretendes
Hacer un Dios !

*

Y bien, cuando en tus toscas
Manos le tengás, hombre, y como á Jauo
Dos semblantes le pongas
Ó como á Fó dos sexos, ó le apliques
De títulos y nombres larga copia,
¿ Qué harás de él ? Este es Dios. Ya le tenemos
En pié sobre sus plantas ; pero ahora
¿ En dónde le ponemos ? ¿ en qué abismo ?
¿ En cuál de las estrellas ? ¿ en cuál órbita ?
¿ Abrirás tú, mortal, un agujero
En la cándida luz pura y hermosa,
Para hospedar en él ese Dios tuyo
Que has formado mezclando en tu retorta
Una porción de Júpiter Olímpico
Con un poco de Brahma ? ¿ Esus que endiosas
Hechuras á tu imagen, ese Zeus,
Ese Pan, esos ídolos que adornas
Con tus pasiones lúbricas, inicuas,

Bajas, feroces, dime, con qué sogas
Los izarás hasta los astros ? ¿ Dónde
Encontrarás el clavo y la ciclópea
Maza para clavar en la alta esfera
Al terrible Vishnú ? ¿ De qué ingeniosa
Suerte podrás, aún con el auxilio
De Alcides y Terpaudro, en la grandiosa
Y pálida fachada de las nubes
Suspender á Erigona,
La de senos desnudos, y á Megera,
Erinnis, Astarté, Circe, Belona,
Y Juno, y Afrodita,
Esas hembras furiosas, bebedoras
De sangre humana, y esas prostitutas ?



¡ Ah, ser negro y fatal, á toda costa
Quieres un Dios ! — ¡ Un Dios ! ¡ y con qué objeto ?
¡ Tendrás menos orgullo, menos pompas
Y más virtud ! ¡ Serás del hombre amigo ?
¡ Amarás á tu hermano ? ¡ Tu victoria
Será ya razonar y ser lumbrera ?
¡ Destrozarás la guerra, esa horrorosa
Vieja cuchilla de la cual chorrea
La sangre sin cesar ? Dime, ¡ tu historia
Será menos cruel, y menos piedras
Lanzarás á las frentes pensadoras,
À los héroes, apóstoles y mártires ?
¡ Ante el dolor ajeno, si no gozas,
Dejarás penetrar dentro del pecho
La blanda compasión consoladora ?
¡ Serás más reflexivo, grave, serio,
Y tu risa burlona
No herirá especialmente á los caldos

Y á los que un mal irremediable postra ?
 Dí, responde, ¿ serás mehos altivo
 Delante del humilde que te implora ;
 Más dulce con el mísero
 Á quien fuerza fatal mueve y trastorna ;
 Menos grande delante del pequeño ;
 Mejor para el malvado que zozobra ?
 ¿ Mezclarás con un poco de ternura,
 Médico, tus ponzoñas,
 Sabio, tu ciencia, justo, tu justicia,
 Legislador, tus leyes rigurosas ?
 ¿ Serás menos brutal ? ¿ Serás clemente
 Con el monstruo que llora,
 Y un Abel menos lúgubre y severo
 Con el Císu que á tu piedad se torna ?
 ¿ Y tú, si tú no eres
 Más que un Císu y un monstruo y un hipócrita,
 Vendrás despavorido,
 En deliquio dulcísimo y devota
 Solitud, á prosternarte pálido,
 Al resplandor del alba prodigiosa
 De la eterna clemencia ? Un Dios ocupa,
 Hombre, un lugar cualquiera en una órbita,
 Y antes de hacerlo, fuera bien buscarlo
 Útil empleo ; pues el Dios que abonas,
 Cuando no es un refugio, es un peligro.
 ¡ Ah ! senil y pueril, siempre y ahora
 Importunando al cielo,
 Órdena soledad, con tus lisonjas,
 Quieres un Dios, de miedo

De perder la costumbre ; porque doblas
La cerviz bajo el yugo del pasado.
Quiéres un Dios, para seguir la moda ;
Porque sí ; para nada ;
Para hacer mientras esperas que en la fosa
Caiga para podrirse tu cadáver,
Lo que hicieron tus padres ; lo que notas
Que hacen todos ; lo que hizo tu nodriza ;
Por fastidio ; porque eso te acomoda ;
Para sentir sobre tu frente un amo ;
Para tener también alguna cosa
Que poner en tu inútil juramento
Y agregar á tus rudas palabrotas.

¡ Te das alguna cuenta.
En fin, del vasto sueño en que la onda
De tu destino fórmase y se extingue :
Eterno sueño que infinito flota
Y que los hombres universo llaman ?
¡ Ves su lado fatal, sumido en lóbrega
Oscuridad, herido, castigado ?
Dos abundantes manantiales brotan :
Aquí leche, allá sangre ;
Y turbado el espíritu se agobia.
Se vé debajo de la enorme teta
La enorme llaga hedionda,
Y al mirar á su lado á la implacable
Atropos infernal, Lucina llora.
¡ Ay, mísero infeliz ! ¡ Ay, triste humano !
Si hay alguien que trabaja y no reposa,
Eugendrando, creëando, produciendo,

Otro hay también que sin cesar devora
Descompone y destruye. Ese bilandero
Da á tal destrozador todas sus obras.

En el horror sin límite los seres
Esparcidos están, y los sofoca
La sombra, más que los anima el día.
Del abismo al través la luz se agota,
Y al hundirse en el éter, se disuelven
Las ondas luminosas.
La oscuridad, hacia la cual se tienden
Todos los brazos, lívida, brumosa,
Es allá la que siempre
Hace la noche fúnebre y ahonda
Ese inmenso agujero
Para engullir la claridad hermosa.
Hagan lo que pudieren
Héspero fiel y la rosada aurora,
Cuanto á nosotros mira
No es más que una prisión malsana y lóbrega.
Todo sufre, no obstante el vasto esfuerzo
Del alba generosa.
¡Qué nocturna espesura necesita
El sumidero inmenso y cuánta sombra
Para romper y amortiguar la enorme
Flecha del sol! Y bien, ¡vé y reflexiona!
Marte es negro; parece que Saturno
En reflejos sangrientos se colora;

Los cielos son brumosos, y voltean
 Pálidos los planetas en sus órbitas.
 Cuanto á este tu globo, todo tuyo,
 Gritos, lamentos, lágrimas, congojas.
 ¿ Tiene tu esfera un Dios? Ah, si él existe,
 Desmiente sin cesar, eclipsa, borra
 El astro, la belleza, el firmamento.
 Que dé tu Dios un canto á la paloma;
 Que revista de amor á la enrruca
 Y al ruiñen de júbilo, ¿ qué importa,
 Si los hace acechar por el milano?
 Envidiarse á sí mismo; ser esponja
 Impregnada de hiel; aborrecerse
 Á sí mismo también: tal es la odiosa
 Oscura ley del ente lamentable.
 Tu horrible cielo, que el furor transforma,
 Muge, cual buey en el establo. Eu cuanto
 A la humana familia, mira;

¡ Hordas

De esclavos y verdugos;
 Oúmulo de cenizas y de escorias
 Do se inflama la brasa de los héroes;
 Montón de paja y hojas
 Que un soplo apaga y otro soplo enciendo;
 Multitud numerosa
 Que se la ve pasar en la humareda,
 Después que, cual visión fantasmagórica,

Se la ha visto moverse un solo instante!
Apenas una negra mancha humosa
Queda de todo aquello. Sus caudillos
No tienen rumbo fijo y base sólida,
Y sus dioses, producto del cerebro
De los hombres, sin arte, plan ni norma,
Con sólo dar sus títulos, revelan
La deforme torpeza de su historia.
Cañones, en reemplazo de los carros
Armados de cortantes segadoras;
Tronos, horecas, hogueras;
Arquerías triunfales espantosas;
Perfiles de los césares ecuestres
Debajo de los pórticos, — antorchas
Haciendo el hombre de esos resplandores;
Un reflujo de sombra
Tras un flujo de luz; odio y rúfido:
Hé aquí la humanidad. La muerte sola
Es lúcida. La vida
Pertenece á la noche. Proporciona
Armas la ciencia al ánima suicida.
Aun la misma evidencia se equivoca.
Todo miente; y escarba el escalpelo
Hiriendo los espíritus. Indómita
La materia se impone. Los sentidos
Hacen á la razón, tímida diosa,
Llamamientos obscenos. Crece el vicio,
Parásito voraz, infame roña,
Sobre la carne. El mal tienta al espíritu,
Y el espíritu trémulo se encorva.

¿ A fin de regular esos debates, .
Está allí la conciencia ? En buena hora.
Mas ¿ por qué hablar tan bajo ? ¿ Tiene miedo ?
Ve tu vanidad de que haces tu victoria.
¿ Hay acaso, — aunque el cielo
Tenga también su noche negra y hórrida, —
Hay acaso un rincón del firmamento,
Bañado en luz ó en sombra, . . .
Que sobre tí no lance una mirada
De indignación y cólera ?
¿ Existe por ventura
Una virtud que el hombre, en su dudosa
Senda, no haya afrontado ni negado ?
Interrógalas todas.
Pregunta al abnegado sacrificio,
Al valor, al amor, á la fe heroica,
Lo que piensan del hombre, ser funesto,
Áspero y vil, según quien se le oponga.
La justicia lo teme
Cuando mira su toga.
Pregunta á la inmortal sabiduría
Quién es él. Interroga
Á la madre de senos remordidos ;
Pregunta á la hacedora
De ingratos, la bondad. Fanal perdido .
Es el deber. Se comba
El que súbitamente se engrandece ;
Y quien nace peliagra. Job, Mahoma,
Jesús, Voltaire, Demócrito y Heráclito
Y Timón y Pangloss y los que lloran

Y los que ríen, míseros vivientes,
Todo se hunde en quimeras ú solloza.

Allá, descoloridas
Tumbas; aquí, desiertos donde moran
El búfalo y la víbora cornuda,
Donde envenena el sol bayas y rosas
Y matorrales, y la luz se emplea
En preparar ponzoñas,
À la puesta del sol, cual moribundos,
Los horizontes pálidos se tornan.
Este globo, cubierto
De aguas y arboledas temblorosas,
Ne se sabe qué gritos y qué ahullidos
Interrumpe y ahoga,
En un balance trémulo
De praderas, de bosques y de olas.
Todo amenaza y todo se estremece;
Y la mar rumorosa
Acostumbra á la tierra miserable
À la inmensa amargura de sus ondas.
Tu universo parece estar inquieto,
Hombre. ¿Ante quién? Lo ignoras.
Todo fugaz se desvaneco. El día
Tiembla y teme morir; la noche odia.
El ser es el horror: mole confusa
De máscaras y bocas
Lúgubrementes unidas y mezcladas

En furia aterradora.
Como dos aves negras
Que se persiguen sin cesar, acosa
A la noche el relámpago en la fuga
Del viento; y en el fondo de estas hoscas
Alarmas, entreabro
Natura misteriosa
Su ojo anegado en lágrimas sombrías.
El ser es taciturno; melancólica
Su apariencia, y atroz, aborrecible
De ver, para el espíritu que ahonda
Sus arcanos. De allí, en sus aleteos
La desesperación.

*

Tú reflexionas,
Y dices: — Veo el mal; quiero el remedio;
Soy Arquímedes; busco la ingeniosa
Palanca. — Tu remedio está en tu mano!
Hacer el bien. Y la palanca sólida:
Amar, amarlo todo,
Y no odiar ni envidiar ninguna cosa.
Hombre, ¿quieres hallar lo verdadero?
Busca lo justo.

*

Mas, en cuanto al dogma,
Nuevo y joven ó viejo y desgastado ;
En cuanto á las patrañas mitológicas
Y á los santos ; en cuanto á las absurdas
Religiones, la peste perniciosa
Que inocular el error y siembra miedos,
Falsos presagios y mentidas crónicas ;
En cuanto á todos esos
Enjambres de doctores, que pregonan
Su ciencia, maldiciendo
Oda uno de ellos lo que el otro elogia ;
Esos que hablan y rezan entre dientes,
Y que piden limosnas ó las roban ;
Esos que, sin cansarse, á lo infinito
Injuran y provocan,
Y harían abrigarse al Dios excelso
Bajo de un mosquitero en una alcoba ;

En cuanto al dairo rey ; en cuanto al papa
 Vicario ; en cuanto á todas
 Esas biblias que cada edad inventa,
 Zend-Avesta, Talmud, King, Veda y otras,
 Todo eso es solamente
 Una mezcla confusa y corruptora.
 Estudiando esos temas, pobre elego,
 No hallarás lo real, como no tomás
 Insultos y blasfemias
 Para arreglar un cántico.

¡ Y qué importa

Después de todo, di, qué el hombre crea,
 Ore ó incantaménte con su propia
 Ilusión á sí mismo se fulmine ;
 Que adore al Todo anónimo y sin forma,
 Ó al espíritu puro, ó una estatua
 De bronce, ó una momia,
 Ó un recorte de azul en el espacio ;
 Que se pierda del cielo en la derrota,
 Ó estúpido y feroz se fanatice
 Con la embriaguez hedionda
 De las hogueras que atizó su celo ;
 Que su fe religiosa
 Tenga manos y pies y vientre y senos,
 Y, cual bacante loca
 Se entregue á los humanos apetitos,
 Ó que sea vapor, niebla, humo, sombra ;

Que en la iglesia su Dios se petrifique,
Ó se esparza volátil en la atmósfera;
Que el hombre, torpe, impuro,
Persiga, en su tortuosa
Ruta de topos, la abstracción á veces
Y á manitú otras veces; que se absorva
Contemplando ya un cirio ya una estrella;
Que adore un templo, ó ponga
Su místico fervor en una idea;
Que, creyendo ver dioses en la hojosa
Espesura del bosque, llama Argesio
Al relámpago, Bóreas
Al aquilón y Esteropés al rayo;
Que, cubierto de joyas
Y recostado en lecho de oro el uno,
El otro sobre esteras y sin ropa,
Guarden el negro sus tabús y César
Sus lares; que el flamín, con capa corta
De lino, inciense á Jove; que se tenga
Un Dios sobre la alfombra
Imperial, otro Dios para el tribuno
Y otro para el esbirro; que la estofa
Sea varia y diversa la medida
De los dioses y diosas,
Según su rango, para el siervo humilde
Diosecillos de alcorza,
Para el alto señor dioses de mármol;
Que, para honor y gloria
De un Indra segundón, un brahmanista
Se deje comer vivo por las moscas;

Que, por catar salchichas en cuaresma,
El hombre caiga en la infernal mazmorra;
Que para hacer un Pedro sea bueno
Un Júpiter Ammón, y que la ansiosa
Multitud, en el fondo de las altas
Basílicas grandiosas,
Use el dedo mayor de un pie pagano
Para besos católicos, — notoria
Prueba de que un Altísimo caído
Es útil otra vez si se le dora,
Y también de que un dios vencido y muerto
Fácilmente en un santo se transforma;
Que, así como se lanza
Sobre un fiero bulldog un terranova,
Furiosa la mezquita
Muerda á la sinagoga;
Que Borgia dé á la Virgen un abrazo
Y á la Panagia un puntapié; que Roma
À Moscova desdigne; que los muros
Sagrados cambien su inscripci6n simbólica;
Que la blancura de Hildebrando sea
Lo negro de Caifás; que dé á Mahoma
El hombre una gran cúpula aplastada,
Y dé á Nuestra Señora
Un coro de finísima estructura
Tallado de manera primorosa
Y al elefante blanco un abanico
De plumas y de blondas;
Que encuaderne sus dioses á la rústica
En muchos gruesos tomos; que proponga

La cuestión de saber si fué el Parnaso
 Quien vió á la hidra diosa
 Anfitrite Oetón salir del triste
 Mar azul, ó si á la Èlida le tocó
 El honor de haber visto la primera
 La sierpe aterradora;
 Que dé á la estinje Tobas
 Y Tiro á Belzebuth; que llame Andróneda
 À una constelación, y llame al día
 Febo ó Adonis; que las flautas oiga
 Invisibles de Pan; que alce en el llano
 Un pesado cromlech con piedras toscas,
 Ó haga que el griego Fidias
 Esculpa el Partenón; que á su Dios cuja
 Y lo monte en un asno ó en un águila;
 Que alabe á la Madonn,
 Ó que sirva á Bāal y á Bāaltida;
 Que sea monseñor y tenga esposa,
 Ó fétido dervís, ó monge sucio
 Y barbudo, ó idiota
 Lego, ó hermoso diácono, ó ministro
 Muy reverendo, ó cura de parroquia;
 Que siempre en derredor de la mentira
 La insensatez se agrupe presurosa;
 Que no pueda el platero más ladino,
 Con lente microscópica,
 Distinguir de los dioses verdaderos
 Los falsos; que á Endor tenga la platónica
 Ilusión; que la carne tenga á Pafos;
 Que cree á Dios la humanidad piadosa

Para creer en él ; que, so la ruda
Presión abrumadora
Del sagrado temor y bajo el peso
De regiones ignotas,
Las religiones salgan del espíritu
Humano como el agua de la esponja ;
Que, sin saber por qué, en un negro cúmulo
De delirios, el hombre elija un dogma ;
Que, aceptando á Irmensul, á ciegas, echo
Al demonio á Moloch ; que un Dios escoja
Infame y con su Dios se contamine,
Manifestando escrúpulos de monja
Respecto de cualquier otro fetiche ;
Que, á fin de conocer si Dios se enoja
Ó está de buen humor, consulte al viento,
À la nube, á las olas,
À la llama ó al ave que se cierno
Sobre las tempestades ; que haga sopas
Para ese Dios, con carne lo alimento
De animales inmundos ó con tortas
Sin levadura ó con el pan cocido
Tres veces, — dí, mortal, en qué impresionas
Eso, todo eso, al pozo de la noche ?
¿ Todo eso qué le importa
Al precipicio enorme, de la vida
En sombra y niebla y viento se transforma ;
Do buraño el soñador sólo percibe
En la siniestra vaguedad medrosa
Un incommensurable
Hundimiento de espectros y de sombras ;

Donde el brillante día
 Palidece, se borra
 Y muere para siempre en el vacío
 Sin límite, sin tiempo, sin aurora,
 Al sepultarse en la ceguera lúgubre
 De esas inmensidades espantosas ?

Inventa tú también, si lo deseas,
 Tu doctrina especial. Cuando tu obra
 Esté ya terminada, cree en ella.
 Tú puedes combinar, si se te antoja,
 Otras idolatrías.

Trás aquéllos

Torbellinos de fe supersticiosa
 Y desacreditada ; después de esas
 Larvas devastadoras,
 Belo, Amintón, Jano, Tílor, Odín, Osiris,
 Que la guerra creó ; después de toda
 Esa sunia de cielos y de infiernos
 Y edenes y locuras que trastornan
 El humano linage, y las hufes
 Dando la mano á las walkyries blóndas ;
 Después del dios-dragón y del dios-buey
 Y Kronos y Pandora
 Y Dagón y Magog y Gog, tráídos
 Y vueltos á traer por los brumosos

Noches más largas cada vez y oscuras,
Hombre, dí, ¿qué le importa
Al infinito lívido que sientas,
A la orilla flotando de las cosas
Hechas por tí en la niebla del destino,
Una fútil creencia religiosa
Más pasar su soplo de fantasma
Sobre tu frente, y que en la informe sombra,
Do sueñas una cúpula,
En la eterea región negra y traidora
Como la mar profunda,
Pase un Dios más sobre tu piel vellosa !

*

¡ Ay ! toda religión, hombre, la tuya
Como cualquiera otra,
Es un triste ejemplar de la impotencia
Que se apoya en la cólera.

Cualquiera religión, la que profesas
Igualmente que todas,
Es un aborto del humano sueño
Delante el ser y el firmamento. El dogma,
No importa cual, judío,
Griego ó egipcio, angosta
À su talla la luz, lo verdadero,
Lo ideal, la justicia, la grandiosa
Envoltura estelar de nuestra esfera,
La unidad, el abismo, el astro, y corta
En su patrón mezquino lo absoluto.

Los cultos, así en Menfis como en Roma,
Sólo son reducciones de lo eterno :
Sobre el hombre : son sombras
De la radiante claridad ; fragmentos
De la existencia indivisible ; toscas
Máscaras del incógnito infinito
Vaciadas en la humana faz. La obra
De esos cultos es vil ; su pobre trueno
Es un brazo que arroja
Dardos de azufre ; su ámbito no acepta
La inmensidad, y sus abismos colma
Un Tifón, un Odín, un Adonai.

Y bien, los que pensáis con mente propia,
Desmentid el Olimpo,
Negad el Sinaí ; y en vez de toda
Esa farsa ; en lugar del vano cielo
Que de un monto en la cúspide se apoya,
Y del inquieto Eolo agnjereando
Los odres de la lluvia, y de la ronda
De los cuatro caballos apolíneos
Que sobre el duro firmamento trota,
De furor relinchando y de alegría,
Hacia la noche que huye presurosa ;
En vez de esos palacios
De nubes y de llamas, donde flotan
En transparencia dioses de ambos sexos,
Y do, los rayos en el puño, moran

Esas calamidades que Allah, Theos,
Fo, Sabaoth, Ormuzd el hombre nombra ;
En vez del elefante
Pontifical y augusto que soporta
En su cráneo los cielos y en su grupa
El infierno ; en lugar de la famosa
Leyenda de ese mar en el desierto,
Por entre cuyas ondas,
Qual murallas de vidrio suspendidas,
Se desliza Moisés con su colonia ;
En lugar de esa luna del Calvario
Tan extraña y tan roja
Con la sangre sudada por el Oristo ;
En vez del falso sol que Apolo escolta
Y que Josué detiene, y de las aguas
Sobre las cuales un Jesús reposa
Y camina, de estrellas coronado,
Mostrad á los imbéciles ó hipócritas
Bonzos negros que el templo
Y el arca santa guardan y custodian,
¡ Qué ! la Realidad, ese prodigio
Inaudito ; la luz, la luz hermosa,
Ese aspecto vastísimo y abierto ;
La muerte redentora
Fecundando la vida y transformando
La oruga en mariposa
Y la tumba en la cuna donde anida
El alma, esta paloma ;
La virtud, el milagro de los gases,
De los imanes, de las fuerzas cósmicas ;

El infinito tenebroso, lleno
De explosiones de luz deslumbradora ;
La sombra, con más soles en su seno
Que hay en los mares infusorios y ovas ;
La de los mundos grande, formidable
Confrontación ; las blancas nebulosas ;
La estrella, astro central, y nuestra tierra
Girando ; el hombre, imperceptible mónada
En el todo radiante ; los cometas
Incomprensibles ; las inmensas órbitas ;
Las inmensas esferas torbellinos,
Y las esferas sólidas ;
Y universos sin fin, y creaciones,
Y creaciones ; enseñad la gloria
De la estrellada noche, las celestes
Profundidades santas y raudas ;
Mostrad al sacerdote los abismos
De la vida ; mostrad á los idólatras
Los océanos de sures,
Y les oiréis gritar : — ¡ Horror ! ¡ Apóstatas !
¡ Eso no puede ser ! — Veréis los cultos,
En pleno paroxismo de su cólera,
Arrojarse, paganos, sobre Hicetas,
Cristianos, sobre Bacon y Cristóbal
Colón y Galileo,
Y estremecerse el ara milagrosa
Sobre la tierra y los doctores pálidos
Vacilar, y temblar las sinagogas,
Y, delante de Dios, las religiones
Retroceder.

*

¡ Exaltación rabiosa !
¡ Fanatismos ! ¡ terrores ! ¡ Ah, la fábula
Está sobre los hombres y su historia
Y sobre todos esos
Ojos cerrados por letal modorra,
Vertiendo sin cesar sueños sombríos !
¡ Qué sueño ! ¡ qué montón de adefesiosus
Necesidades olímpicas ! ¡ qué furia !
¡ Qué espanto ! ¡ qué zozobra !
¡ Qué infierno !

¡ Basta, sacerdotes ! ¡ basta !

La bacante desnuda ríe y folga
En el infame bosque; el indio cuelga
De los ganchos de fierro, y sangra, y goza;
La madre con la carne de sus hijos
Alimenta piadosa
A su Bää!-Berith, el dios hornaza
De los dientes de fuego; aquí se adora
À la Noche; acá un templo se levanta
Al Hambre; allá se vota.
À la Guerra holocaustos; el caballo
Del imán de los árabes galopa
Sobre seres humanos que le ofrecen
De sus humildes frentes las baldosas
Y la basura de sus almas; China
Da á la ley, á las artes, al idioma,
Al derecho, á los usos, la insensata
Forma de sus pagodas.
¡ Cuántos vivieron sin haber nacido!

Y de esos que se exaltan y apasionan,
Infelices creyentes, sobre quienes
Sus anchas garras posa
El águila romana; de esos fieles
À quienes el infame yugo agobia,
Yugo aceptado y vil, yugo insolento
Sobre todas las cosas,
Hombres-dioses, pontífices llamados;
De esos infortunados que se postran,

Nada hay más triste que su fe siniestra,
Su fe absoluta en la papista Roma.
Roma, bajo los césares carnero,
Es debajo la cruz bazar y lonja.
¡Cuál peor, la de Pedro ó la de César ?
Bella con uno y otro se acomoda
Alternativamente,
Y acepta á los que van. ¡ Lista espantosa !
Ese vampiro es Juan ; aquel espectro
Es Calixto ; ese sátiro que enloda
El ara es Bonifacio, quien procrea
En sus sobrinas propias ;
Hace Urbano que mueran desangrados
Cinco clérigos ; Borgia
Vergüenza, mancha, deshonor sería
En Sodoma y Gomorra ;
Tiene Gregorio la incendiaria tea,
Y Sixto empuña el hacha destructora ;
Simplicio miente ; Félix es desastro ;
Ese Inocencio es criminal : ahorca
Y quema su redil ; ese Clemente
Lo descuartiza ; es Pío ese que roba.
En el templo ; ese Julio es el escándalo,
Como Jesús es el ejemplo ; todas
Las pasiones cogidas de la mano,
Todo lo más bestial, toda la escoria
Y la insolencia humanas se dan cita
En la eterna ciudad ; todo se agolpa
En ese lupanar : dolo, perjurio,
Impureza carnal ; raras, ignotas,

Torpes iniquidades,
Y prácticas hediondas;
Los más horrendos crímenes sin máscara
Ó con máscara hipócrita;
Vicios, todos los vicios, los más feos,
Sucios, desnudos, repugnantes. Roma
Llama á su lecho á todos esos viles
Trasnochadores; Roma la católica,
Corredora y tercera de las almas,
Rie, y rasgando sus manchadas ropas,
Con la tiara en la sien, se prostituye.
Y, en tanto que Trajano se abochorna
Y se estremece Bruto ante la afrenta,
Ellos, los que se arrastran y se postran,
Esos pobres dementes que se entregan
À esa Babilonia,
Cantan, y creen ver á la celeste
Sion, de la cual adoran
Todo, fraudes, hogueras, anatemas,
Inquisición, lujuria, ritos, dogmas,
Las terribles matanzas que organiza
Y los santos que forma
Y los reyes feroces que consagra.
Y, orgullosos del yugo que soportan,
El corazón en éxtasis, cautivos,
Enamorados, trémulos, se encorvan
En el suelo, y aspiran con delicia
Cuanto esa inmunda meretriz arroja.

¡ Y decir que la tierra toda entera
Es presa irredimible de las tontas
Afirmaciones de esos hierofantas
Sin piedad, sin bondad; sin luz, sin lógica,
Y que allá, en los confines indecisos
Que el horizonte borra;
Inquieto el pensador sólo percibe
Sombras, sombras y sombras !

III

NADA

NADA

*

¡ Hay alguien oculto que viene en mi auxilio,
Oh tétrica noche !
Yo callo y escucho. ¡ Quién va ! ¡ Sombra oscura !
¡ Quién es ! Una boca me hablaba, y hablando
La boca terrible salió de la bruma.

— « La creencia es hidra y os devora el pecho.
Negad, negad todo. Vivientes mortales,
El átomo sale y á entrar vuelve luego.
Ni cielo ni infierno.
La sombra se esparce. No hay centro ni foco.
No hay nada que exista de un lado ni de otro.
Dormid. Todo muere. Dormid ».

Así habló

La bota en la sombra con extraña voz.

¡ Oh noche ! ¿ qué especie de auxilio me envías ?

¿ Quién es este aliado ?

La voz clamorosa prosigue. Escuchemos.

— « ¡ Oh género humano,

Inmenso hormiguero, fatal muchedumbre !

El hombre es un ente que flota ; eso es todo.

Su vana apariencia se yergue un instante ;

Su vida es un soplo ;

Palpita en la escala del tiempo preciso

De ser ciego, obscuro, funesto ó inicuo,

¿ Y qué es lo que resta ? La tierra recobra

Su grano de polvo, y dice : ¿ Há existido ?

¿ Y la tierra misma existe ? ¡ Oh ceguera !

¡ Tinieblas ! ¡ tinieblas !

¿ Por qué llamáis almas á esos fuegos fatuos ?

Mortal, eso es nada.

Duerme, pasajero. ¿ Qué es lo que reclamas ?

« Hombre, sólo tienes tuya y disponible
La hora en que triste ó alegre te mueves
En este conjunto de nieblas perennes.
Hombre, gota de agua,
Si se abrió la onda y la mar te traga,
¿ Para qué la lucha ?
Toma en tu destino lo que en él hay claro,
Tu inestable minuto,
De abril la sonrisa; las flores de mayo,
Y deja entre tanto
Que el eterno abismo la onda eterna vuelque.
Hombre, vive, muere.

« Pobre hombre, tú quieres un onto divino
Para ser en él,
Y si tú convienes en que haya infinito,
Es para ocuparlo y reaparecer.
¿ Cómo ! ¿ vivir antes, antes que la vida,
Y después de muerto persistir también !
¿ Ir con tu destino, hombre, de la sombra
Inmensa al través !
¿ Que esta maquinaria, el cosmos, cubierta
Por velo confuso,
Por tí se complique, llevando en sus ruedas
Tu yo miserable siempre y para siempre !
¿ Que el todo que rige la incógnita norma

Necesariamente de tí se componga !
¡ Que ya tú no puedas ausentarte nunca !
¡ Que viviendo siempre, antes de la cuna,
Después de la tumba,
Tú seas el fondo de estas superficies !
¡ Que jamás el hombre, borrado, abolido,
Se llame finado, descanso y olvido !
¡ Cómo ! ¡ qué ! ¡ que el hombre devolver no deba
Lo que ha recibido !
¡ El es : lo que prueba que también será !
¡ Qué ! ¡ el hombre, ceniza por sobre la cual
Pasó débil viento de vida soplando
En la oscuridad,
Ser alguien ! ¡ Qué absurdos pudiste soñar !
¡ Existe este mundo ? ¡ Quién sabe si existe ?
¡ No existe ? Es posible ;
Pues todas las cosas engañan y fingen
Y flotan. Lo cierto no está en lo visible.
¡ Mas tú, cresa, hormiga, molécula, polvo,
Ocupar un sitio cualquiera en el magno
Tenebroso caos !
Sueño de la nada, sueño del vacío
En el cual tu orgullo necio se chasquea,
¡ Cómo creer puedes, en tu desvarío,
Que un Dios, si él existe,
Se fije en tí, larva, y vele y medite,
Movido y turbado por tu aliento efímero,
Allá en los abismos de su eternidad ?

« Espíritu puro, materia grosera,
Masa ciega y sorda ó excelsa deidad,
Este inmenso mundo, sea lo que sea,
Es algo que nunca debió comenzar
Y es lo que no debe nunca concluir.
¡ Cómo, pues, pretendes tú pertenecer,
Hombre, á la perfecta, suprema unidad,
Y ser del gran todo fracción esencial,
Tú, fugaz relámpago,
Tú, mónera débil sorbida al nacer
Por la honda vorágine
Eterna, á la cual
Una ojeada incierta ó insensata das,
Que mueres apenas
De tu vida puedes el grito lanzar ?

« ¡ Ah, mísero Adán ! ¡ ah, copo de nieve
Tenue que se funde antes de caer !
Triste humanidad,
¡ No es ya demasiado nacer ! En verdad,
¡ No es ya demasiado, oh género humano,
Tener que vivir
Tu vida agitada, tan rápida y breve !
¡ No te basta acaso, corpúsculo leve,
Por más que tu cieno se sienta ofendido
De ello, aparecer
Una sola vez

En el luminoso rayo que se enciende
Sobre el negro abismo ?
¡ Ah ! el hombre eterno : he aquí lo que el hombre
Comprende. ¡ Preguntas al cielo, al enorme
Cielo que ignorante
Te asorda de rayos, te ciega de estrellas,
Qué estambre te liga, oh mosca, á sus telas ;
Cómo tiene al hombre ; cuál es ese lazo ?
¡ Debieras sentirte de tal modo nulo
Y vil sin embargo,
Como que con esta
Escoria mezquina que llamas tu esfera
El cielo, si hay cielo, no tiene que hacer !
Cuanto él fecundiza, contiene, prepara
Ó encubre, está fuera de tí, débil ráfaga,
Que una noche tienes por futuro próximo.
¡ Ridículo esfuerzo de atar á tu mónada
La cúpula inmensa de horror y de sombra !
¡ Con que necesitas ser parte integrante
Tú, del universo ?
¡ Frágil forma, carne
Prometida al hambre del sepulcro, bástento
Tus propios gusanos !

« ¡ Y, por otra parte, dime, con qué objeto
Encajar al hombre, personaje oscuro,
En los eslabones del fatal misterio ?
¡ A qué ser un pliegue del flujo y reflujo

Que por la existencia pugna y ya no es ?
¡ Con qué objeto ser
Cifra y ser contada como una entre tantas
En la muchedumbre que no es más que espuma
De la marejada ?

Mira. Todo es vano, fugaz, triste, y antes
Que el ser aparezca, todo se deshace.

Los grupos de soles y planetas, globos
Quizá menos negros que lo sois vosotros,
Ó quizá más fúnebres ;

El zodiaco lúgubre

Incesantemente subiendo al zenit,

Bajando al nadir ;

Ese enorme Júpiter ;

Ese Marte rojo, y esa Venus alba,

Y el áureo Saturno, — claros paraísos

Ú oscuros presidios que pueblan los sueños

Con ángeles malos ó espíritus buenos,

Según son las sombras que dan á sus rostros

Sus altas montañas ;

Los varios celajes que encienden ó apagan

La tarde sangrienta, la rubia mañana ;

Las lunas que muestran espantosos flancos ;

Esos indecisos torbellinos pálidos,

Abismos que arrastran en sus oléajes

Orientes de soles y mundos que nacen ;

Las nébulas blancas, vagas erenciones

Que se ve en el fondo de los entrabiertos

Y negros abismos que tiene la noche ;

Ese enmarañado plexo de universos

Y astros, cuyos hilos pálidos, inmensos,
Sin fin se devanan en los campos donde
Pyrrhón vió el vacío y Platón el cielo:
Espectros extraños, sin otro común
Enlace fatal
Que el que un eslabón liga á los demás;
Las constelaciones que en confusa mezola
Mueve de los años la invisible rueda
Y que aterrorizarán á quien penetrara
Hasta lo profundo de sus setentriones;
Las hórridas máscaras
Que los pensadores entreven en sueños
Detrás de las nubes; esos firmamentos
Sin cesar sondados, inestables é inciertos;
La lluvia de bólidos
Errantes que cruzan la región eterea
Muy más numerosos que enjambres de abejas
En las bajas cumbres del Himeto vuelan;
Esos meteoros que furiosos arden;
Esos vagabundos cometas que á veces
De un cielo se evaden
Cual de un calabozo; todas las especies
De mundos son sólo las formas sin nombre
De la oscuridad
Vasta y taciturna de la inmensidad.
¡Y qué! habrás ganado, oh espíritu enfermo,
Cuando hayas mezclado
Al hombre y sus penas, su ruido y sus ansias
À todas aquellas espirales de humo
Que en la noche vagan !

« No hay Dios. Niega y duerme. No eres responsable,
Bien puedes burlarte de lo inaccesible
Tú, sombra impalpable.
No hay cielo : sé humilde. Tampoco hay infierno ;
Haz lo que te plazca, y alégrate, polvo.
No te espera nadie.
He dicho ». —

*

Tú has dicho : — No hay infierno, Sea, —

Pero nada, nada tras de la existencia,
Nada antes ; la noche tras la luz del alba ;
En la especie humana
Un renacimiento de instinto animal ;
El bien no teniendo razón contra el mal,
Como no la tiene contra el polo el trópico ;
Cualquier Melgarejo, De Sade ó Tenorio,
Tricufante, insolente, caualla y bribón,
Riéndose del fraile Vicente de Paul ;
Todo reducido al átomo inerte,
Sordo é inconsciente,
A veces verdugo y víctima á veces ;
En todo apetitos y todo epigástricos ;
Y, por cuanto existe, la aurora, los astros,
El día, la noche, la tierra, los cielos,

Todo el universo,
Desmentido Sócrates
Y corroborados Lacenaire y Yago ;
Por único dogma sentar : — « No hay virtudes
Ni vicios. Sé tigre, si puedes inmune,
Con tal de que goces,
Vive como quieras, para que concluyas
No te importa donde » ; —
Calígula, sabio, y Aristides, loco ;
Jesucristo y Judas
Disgregados juntos, después uno y otro
Devueltos mezclados á la sombra eterna,
Sin que en lo profundo del ser infinito
Do mueren las vidas, el átomo sepa
Si él fué el Iscariote ó él fué Jesucristo ! —

Sí ; no más infierno ; no más ese inicuo
Delirio de Roma ; no más el maldito
Tentador que astuto tras el hombre ronda.

¡ Mas decir que todo lo nivela todo ;
Yo creo, tú niegas, ¡ qué importa en el fondo !
El honor imbécil, el martirio tonto ;
Vacío de álmás ; ablación completa
Del yo perdurable ; la supervivencia
Por siempre abolida ; la igualdad infame —

Del astro que brilla y el faugo que apesta ;
La vil podredumbre ; oh dolor inmenso !
Reabsorbiendo á Bruto ; ni astros ni virtudes ;
La noche arrastrando dentro de su fúnebre
Manto de tinieblas
Espectros de cielo, fantasmas de estrellas ! —

Sí ; no más Luzbeles empuñando la horca ;
Sí ; no más hogueras de eternal tortura ;
Sí ; no más infierno,

¡ Pero irresponsables el átomo Atila,
El átomo fuego y el átomo arena,
Ciegos, inocentes, lógicos, fatales,
Sin que el uno pueda
Ser nunca acusado por los tristes manes
De un pueblo abolido, de un mundo arrasado,
Tanto cual los otros por causa de incendio
Ó por hundimiento !
¡ Que Homero mendigo y Job en miserias
Raspando sus llagas una equivalencia
Sean del gastrónomo
Trimaleción gustando de exquisito almuerzo !
¡ Marco Aurelio es útil ? ¡ por qué no Tiberio ?
Nerón y Trajano son formas que flotan,
Y no más, Aquellos llamados autócratas,

Tiranos, verdugos, déspotas, sultanes,
Ozares, comen carne de hombre cual vosotros
Comeis pan y carne
De vaca. ¡ En seguida ! Para el todo inmenso
Que el hambre os permite,
Un grano de trigo candial pesa tanto
Como Catón libre ;
Y, desde el momento
En que están el hombre digerido y muerto
El pan, entra todo de nuevo al tranquilo
Equilibrio eterno.
Mañana la piedra molar será el mijo ;
Serán devorados los devoradores ;
Aquel que en un tiempo fué un átomo de aguja
Mañana extraviado, sin luz y sin norte,
Huirá la tutela del átomo que antes
Fué mansa paloma.
Las transformaciones
Del eterno abismo hundirán, oh rey,
Debajo del polvo que fué mi cabeza
Lo que era tu pié.
La oveja hecha lobo teñirá su zarpa
En sangre, y vendrán
Judas á ser Cristo y Cristo Caifás,
Sin que ni siquiera desquite ó castigo
Todo aquello sea ; en todo perdidos
Conciencia y recuerdo fuera del instante,
Y el hilo rotpido
De los avatares.
¡ Qué llamáis vosotros falso, verdadero,

Deber y derecho ?

El traidor y el héroe y el apóstol mártir
Y el cruel verdugo, todo es vano sueño:

¡ Oh ! que nada sea grande, bueno, puro,

Sagrado, divino, y que todo sea

Casual, inseguro,

Bosquejos, escombros,

Engendros de piojos en la cabellera

De la inmensa sombra ; que la creación,

Ebria de tinieblas,

Sea idlota, ciega,

Y no tenga nada en su extremidad

Que llamarse pueda justicia, razón,

Ámor y bondad ;

Que después de, imbecil, haber vomitado,

Ella trague, lúgubre,

Sin más resultado, sufriendo, creando,

Que dar á la nada frutos que se pudren

Y algunos gusanos ;

Que se niegue ó dude que esta tierra sienta

Comezón de vida, prurito de seres ;

Que no haya ideales en parte ninguna,

Ni leyes ; que todo sin respuesta quede,

Y todo pregunte por qué inútilmente ;

Que el ser, — suponiendo

Que el lívido abismo no vuelva á escupirnos

Esa voz siniestra, hueca y sin sentido, —

Presto se disipe,
Entre fugitivos estremecimientos,
En un hormigueo ciego y tenebroso,
En la noche eterna ;
Que el oscuro fondo de todo se arrastre
En el fango y sea
Algo que ignorante despunta sin alba,
Se mueve sin causa,
Masa empedernida, deforme y abstracta,
Sin ser ni siquiera prisión, una especie
De muerte monstruosa
Y atroz, sin objeto para ir á la cuna,
Entrar en la noche, salir de la tumba,
En giro perpetuo, vago remolino
De polvo que cae —
¡ Qué ! ¡ cuando uno ha sido amado por alguien,
¡ Ay ! por más que fueran lamentos y gritos
Superfluos, ¡ no verse jamás ! y perderse
Para siempre, inútil siendo la sublime
Cita de dos almas después de la muerte !
¡ Qué ! ¡ La cabecita desaparecida,
El hermoso niño que te sonreía
Antes de ausentarse, oh madre, eso es nada !
¡ Todo eso es la noche !
¡ Sueños que se olvidan ! ¡ flecciones que pasan !
¡ Qué ! ¡ tú, la que adoro, vida de mi vida,
Alma de mi alma,
Tú, que me iluminas, blanca aurora, y haces,
Mujer, que en mí sienta renacer el ángel,
Tú, mi dulce amiga, morirás, y luego

La nada horrorosa reirá cuando pálido
Te diga en secreto ;
— Espérame, esposa ; muy pronto te sigo ;
No temas : prepara mi sitio en el lecho
Solitario donde dormiremos juntos ! —
¡ Qué ! ¡ la tumba ; el único
Lugar al que todos los hombres tenemos
Imperioso anhelo
De amar aquí abajo y sentirlo vivo ;
Estaría muerto !
¡ Delante del cielo, no tiene en la tierra
Razón la esperanza !
¡ La pena profunda que oprime mi pecho
Expresa una farsa !
¡ No existe el futuro ! ¡ y el ojo extraviado
Explora el vacío !
¡ Fosa en lo profundo, mortaja en la altura !
¡ Por torno la vida ; por motor la muerte !
¡ La ceguera engendra, girando sin tino,
La luz, impostura suprema del cielo !
¡ Torpe, inútilmente,
El ser se cultiva para aniquilarse ;
El mundo, impelido por soplo nocturno,
Desplomado cae !
El viento es oscuro cendal de la bruma ;
A fin de apagarse
Para siempre, todo se enciende un instante ;
Es Todo la rueda, Nada el cabrestante ! . . .
¡ Nada ! ¡ qué espantoso !

¡ Oh ! vuelve á tomar !

Tu Nada, oh abismo,

Y danos en cambio tu horrible Satán !

IV

VOCES

VOCES

★

Y yo escuchaba voces en medio de las nubes,
Y un cántico divino extático se oyó,
Y horrísona algazara de burlas y rechiflas
También se desató.

UNA VOZ

Yo pienso que el caballo es algo maniqueo
Si malo es Arimanes, Ormús le quiere bien.
Herido por el látigo, es él en todo el día

El blanco del incógnito demonio que le guía
Y que, árbitro invisible, se sienta encima de él.
En cambio, por la tarde, ól mira un ser solícito
Y dulce y apacible que de comer le da,
Que pone paja fresca en su pesebre oscuro,
Que cura sus heridas y que al trabajo duro
Clemente sustituye benéfico solaz.
Alguno le persigue ¡ ay triste ! pero alguno
Protégele á su vez,
Y el bruto piensa y dice : — Sou dos. — Y yo me digo
— Lo mismo debe ser,

OTRA VOZ

Ha llegado el instante preciso
De cortar el quimérico nudo.
Esta vida, este esfuerzo tan rudo
Que la lengua no sabe expresar ;
Este error ó brabata ó locura
Que nos lleva á lo no conocido ;
Este afán doloroso ha concluído,
Y se extingue el momento fatal.
Muere el hombre, y el alma se evade.
Sobre el trémulo hogar pudo verse,
Como heraldos de muerte, cernerse
Aves negras ó blancas, según
Del difunto haya el mérito sido :

Para el réprobo, cuervo ; paloma
Para el justo. La muerte le toma .
Y le encierra en el negro ataúd.
Se acabó. ¡ Qué sucede entre tanto
Con la carne, esa fiel compañera
En que el alma creía ! — Espera
Breve término, y busca después.
— Ya no está. — Busca aún. — Se ha deshecho
Aquel cuerpo. — Prosigue buscando.
Hurga, escarba la tierra, palpando
En la fosa que se abre á tus piés.
¡ Encontraste por fin ! Mira. ¡ Es esto !
— Si. — ¡ Por qué ! Mira bien. ¡ Esto es eso !
— No. — ¡ Qué es esto ! — Ni carne ni hueso.
— ¡ Es sin forma y sin nombre ! — Es así.
— Cual la noche es horrendo y es vano
Cual ceniza. Es el hombre. Muy presto
No hallarás ni siquiera ese resto
De cenizas y sombras aquí.

¡ Ay ! que apenas, despojo entre escombros,
Se acuesta, le asaltan
Esos mil elementos, sombríos
Prenderos, que al alma
Le cedieron un tiempo, y exigen
El cuerpo que guardan
Los gusanos. Entonces cada uno,
Pues tiene por ama

Y señora la vida á la muerte,
Desprende y arranca
La precisa porción que le toca
De la arcilla humana ;
Que todo átomo que hay en el aire,
La tierra y el agua
Es un Shylock feroz que su parte
De carne reclama,
¡ Oh natura sin fondo ! ¡ vorágine
Rapante y avara !
Por doquiera, de abajo hacia arriba
Y á toda distancia,
En la luz, en la noche, en el éter,
Todo sin tardanza
Y á la vez necesita y adquiero,
Todo se abre y traga
Sin descanso y á un tiempo : la piedra,
El viento, la llama,
El chaparro, la flor, la semilla,
El polvo y el miasma ;
Y, en la inmensa tiniebla profunda
Que todo lo abarca,
La materia que al hombre compuso
Se esparce y derrama,
Y horadando, trepando, cayendo,
Rodando, se afana
En hundirse en las grietas de aquellas
Oscuras quebradas,

Y sea que el alma,
Gracias al que hizo
Bien, y á lo pensado
Bueno, grande y digno,
Encontrado hubiere
Los cielos propicios;
Ó sea que habiendo
Pensado y vivido
Mal, y que arrastrando
Un pasado inieuo,
Ante sí la aurora
Cerrada haya visto,
Ella, refugiada
En el fondo umbrío
De la muerte, ignora
Este rapidísimo
Desvanecimiento
Del cuerpo perdido.

OTRA VOZ

Los vivos se rien. ¿ Los oyes? Se alegran.
Ya serán mañana los muertos.

OTRA VOZ

¿Entonces

Qué harán ?

OTRA VOZ

Nada.

OTRA VOZ

Todo.

OTRA VOZ

Pasad, pasad, nieblas.

OTRA VOZ

Todos vuestros cielos azules son falsos,

OTRA VOZ

Pero menos falsos que vuestras tormentas.

OTRA VOZ

Sí, yo te lo repito,
Hombre, ¡ay de tí, si tiene
Fe tu ignorancia en uno
De esos doctores que enseñarte quieren !
¡ Ay de tu espíritu, hombre,
Si él como otros dijere :
— Preguntaré á los sabios,
Esos mansos apóstoles que vierten
Luz, y á los pensadores,
Esos que nunca mienten
Y todo lo adivinan ;
Iré en pos de los vates, esos seres

Sublimes é instructores
Divinos, cuyas frentes
Pálidas ilumina
Matutino crepúsculo perenne ;
Veré á los luminosos
Magos, esos vivientes
Arcanos y columnas
Del templo de la noche transparente !

Sabe que nadie enseña, nadie guía,
Nadie es columna, nada templo, y todos,
Píndaro, Dión, Terpandro, Calimaco,
Antistenes, Anfión y Estesicoro
Tienen alas de plomo ; que Kant, Hégel
Y Arouet saben lo mismo que los otros,
Y que ni Atenas ni Ferney tuvieron
La clave del enigma pavoroso.

Siempre los soñadores
Han excavado en el azul del cielo
Hacia el lado que llaman
Dios ; llevaron la duda en el cerebro,
La oración en los labios,
Y fueron levantando y demoliendo
Doctrinas, hasta cuando,
Para calmar su fiebre y su despecho,

Tristes sobre los mármoles
De las tumbas sus frentes abatieron,

Hombre, ser misterioso, cuanto el hombre
Enseña, piensa, cree ;
Todo lo que él constata, afirma, graba,
Escribe, esculpe y pone de relieve,
Tanto en las ciencias públicas
Como en las más ocultas, sobre el tenue
Papel, en la madera ó en el bronce,
Ó sobre los dinteles
De los templos oscuros llenos de almas
Que andan á tientas ó que no se mueven ;
Balaam sobre el Tigris, y en Madauro
Apuleyo ; cuanto es y se presiente ;
Cuanto se adora ; cuanto se imagina ;
Figulo, luz que á Cicerón enciende ;
Erecteo el terrible, cuyo manto
Levanta de rodillas reverente
Pompeyo ; los ungidos sacerdotes ;
Los diestros oradores elocuentes
Cubiertos con sus clámides ; las biblias ;
Los talmudes ; los toscos caracteres
De los sepuleros galos ; las pirámides ;
Los cilindros de Tiro ; las especies
Cuneiformes de Acadia y Babilonia ;
Los runos flugalenses ;
Los papiros de Endor y los papiros

De Tebas, ya se acepto
El texto copto ó la versión egipcia ;
Vuestros grandes filósofos á quienes
Admiráis, Tales, Diógenes, Erasmo,
Rabelais y Epicuro y Antistenes
Y Apuleyo y Platón, en cuya urna
Lo ideal se contiene,
Y Kant y Newton y Laplace y Bacon,
Todo no es más que un soplo : pasa y muere.

Hombre, si tú lo deseas,
Haz de la audacia un deber,
Y, por oscuro que seas,
Sube á encender tus idens
En la antorcha del saber.

Sabe : proponte este objeto
Incommensurable y grave.
Saber es nacer : sé feto
Viable ; conquista la clave
Y obtendrás todo el secreto.

Entra en la nube insondable,
Y penetra en los horrores
Del Erebo formidable,
Del Horeb, de los Tabores,
~~Los Brockens y los Terrores.~~

Anda y atrévete. Empero
Debes comenzar primero
Por borrar hasta los nombres
De los sabios y el sendero
De la ciencia de los hombres.

Lo muy poco que sabemos
Depende de lo muy poco
Que valemos.
Escucha : el hombre es un loco.
Apenas en lo ignorado
Ha excavado
Con apoyo ó sin apoyo,
Tiene ya colmado su hoyo.
Entonce, al punto que busca,
Halla ; su hallazgo le ofusca
Y desvía ;
Se hace mago ó se figura
Sacerdote, y le extravía
Su locura.

Pasa tu vida surcando la undosa espuma,
Sin llegar á puerto nunca,
Sino para levar anclas y partir luego
Entre el tumulto y el viento ;
Vete á Zante ó á los bancos de Terranova ;

Sé buzo de ostras y esponjas ;
Hazte pescador de arenques y de ballenas ;
Apronta remos y velas,
Y redes, cebos y arpones meto en tu barca ;
Apronta, aborda y abraza
Las siniestras estaturas de los escollos ;
Sé pirata ; sal á corso ;
Sé corredor de los mares y de aventuras :
Pasarás una centuria
Sobre el abismo y debajo de los ciclones,
Luchando con los horrores,
Rey de dos tablas flotantes, el más añoso
Lobo de mar y el piloto
Más curtido, en su trirreme Jasón el naúta,
Ó Fulton sobre su máquina,
Y jamás la formidable, la inmensa mar
Conocida te será.

Esas cosas sin límite,
Donde flotan vapores resistentes
Que se abren como fauces,
Están cerradas, míseros mortales.
El investigador, andando á tientas
Dentro el medio fatal de esas tinieblas,
Aunque sea Platón,
No sabrá quien es Dios.

OTRA VOZ

Hombres, estad alerta,
Y el paralelo lóbrego observad.
Un paso en otro paso.
Y un ala en otra sostenidos vap.
Por mucho que en el fondo
De todo culto encuentre el pensador
La noche en que los hombres
Hicieron tantas veces á su Dios ;
Aunque un dogma no sea
Más que de un techo rústico el puntal,
Mientras se eleva el faro
Do vida y verdad puras brillarán ;
Aunque ciencia serena y no fe ciega
En sí la humanidad
Llevar debiera, y aunque alguna biblia,
Evangelio ó korán,
Libro de dos sentidos, atrofie
Y lastime también
Muchas veces el alma que inocente
Confló en tanta doblez ;
Y por más que, azorando los espíritus
Con su infernal virtud,
Las religiones, horribles murciélagos
Sean de sombra y luz,
Y lleven en las garras de sus alas

La odiosa multitud
De frailes, bonzos, papas y doctores,
Es preciso ; infeliz !
Que el hombre tenga fe en alguna cosa ;
Es preciso que allí,
Al lado de la carne tentadora
Que le gobierna demasiado, esté
El misterio, y le hable
Y le exhorte á su vez
Y le eleve del sueño que se duerme
Al sueño que se piensa y se prevé.
¡ El ser infortunado
Que no puede creer
Está como desnudo bajo el cielo
Temible, que en su inmensa pesantez
Pudiera anonadarlo ; está debajo,
De lo desconocido ! ¡ Pobre de él !
¡ Oh vivientes ! por malos que ellos sean,
Tenéis necesidad
De sacerdotes ; aun de los más negros
Al través, resplandece la verdad,
Y de los más abyectos y malvados
Salta un rayo de sol
Al blanco cabecul de vuestros lechos ;
Mas, para hacer que se alee á la razón
La humanidad y derramar sobre ella
La palabra de amor
Que el porvenir murmura balbuciente,
Sobre ellos colocó,
En peldaños de luz deslumbradora,

El cielo á los videntes y les dió
Su inspiración ; pues hace al sacerdote
El hombre, y hace al mago sólo Dios.

Yo prefiero el wigwam, choza de esteras
Del salvaje iroqués,
Donde al menos son dos y donde el hombre
Espera á la mujer,
Al manitú, que en lo interior del bosque
Une, torpe y soez,
Del negro y del mandril manos y patas ;
Al wigwam el cromlech ;
Al cromlech la syringa ; á las syringas
Del Nilo y del Mareb
La umbrosa majestad del templo hebreo ;
Al templo de Emmanuel
La mezquita, con su alto minareto
Blanco de dos ó tres
Balcones y su cúpula azulada ;
Y, pues es monester
Subir siempre, prefiero á la mezquita
La iglesia, como á cien
Iglesias el gran templo que la noche
Nos permite entrever.
El hombre, ser complejo, de sublime
Frente y manchados pies,
Reforma sin cesar de sus arcadas
Todo el plan cada vez.

Avanza cada edad. En cada una
De las gradas del ser
Luminoso y sombrío que en la sombra
Sube hacia Dios, se ve
Un templo en que el amor hace más vivo
Su casto fuego arder.
Desde un cielo más lúgubre, malsano
Y oscuro, al ascender
A otro cielo más nítido, más puro
Y algo menos cruel
Y menos triste, cada nuevo templo
Egipcio, japonés,
Griego, judaico, persa ó indio, tiene
Sus bases al nivel
De la techumbre enhiesta del antiguo;
Por encima de aquel
Que se erige, sube otro todavía,
Y el alto capitel
Del más excelso frontis en la aurora
Disuelve su altivez.

OTRA VOZ

¡ Oh sueños ! ¡ oh visiones de vagos paraísos !
¡ Crees, débil mortal,
Que lo desconocido alguna cosa sea
Pequeña y de la cual

Tu cerebro mezquino pueda tener idea ?
Criatura desbordada por el ser absoluto,
Que te asombra mirar
Un grano que en el surco eusúchase y germina ;
Te ofusca contemplar
Del ala de un insecto la mancha purpúrea,
Y tiembles de una sombra, del choque de la espina,
Del grito del Tucán ;
Si cuanto ves te deja rezagado y te asusta,
¿ Podrías soportar,
Hombre, lo que á tus ojos misérrimos se oculta ?
¿ El sumidero horrible de todo lo quiniérico
Se junta á lo real ;
La faz de lo insondable y de lo inaccesible ;
El aspecto falaz
Del cosmos tenebroso, incógnito y terrible,
Flotando en lo infinito, perdido en bruma espesa
Y en lo que imaginar
Nunca podrás, en algo desatinado, horrendo ?
¿ Serías tú capaz,
Como Juan, el misántropo fantástico y tremendo,
De tocar lo impalpable, de mirar en lo oscuro ?
¿ Podrías contemplar
Con tus ojos de carne las mil apariciones
De la profundidad,
Del sueño y del relámpago ; las masas ; los filones ;
Las ondas ; los eclipses ; de los abismos cárdenos
La movediza faz,
Ó de las aguas muertas los gérmenes malsanos ?
¿ Podrías observar

El blando escurrimiento de tímidos gusanos
En el caos, las larvas apareciendo á medias ;
El hórrido brotar
De cabezas hundidas en densos lodazales;
La cópula fatal
De plagas incubadas en gérmenes vitales ;
Los escarabajos y las resudaciones
De morbosa humedad,
Y los seres sin nombre, y los tipos inmundos
De la deformidad,
Y las pústulas fofas del fangal de los mundos ?
¡ El estupor te pintas de las cosas que apenas
Columbrándose están
Y una de otra se asustan : aquí el andar pesado,
Allá el raudó volar ;
El miedo de alto abajo doblado y confrontado ;
El viento arrebatando las nubes en giroues ;
La centella fugaz
Temiendo los embates del huracán furente ?
Dí, espectro sepulcral,
¿ Conoces ambas noches : la muerta y la viviente ?
¿ La viviente engendrando hidras, terror, espanto,
Sombras, y sin cesar
Devorando y creando sus monstruos ; y la muerta,
Esto es, la vacuidad,
La Nada, abriendo ciega una espantosa puerta
Sin ningún más allá ;
Sombra que ni aun es humo ; el fúnebre silencio
De Nada, y nada más ?

OTRA VOZ

Quando se siente mover el universal enlace
Que junta el átomo mínimo al más grande de los seres
Que aparecer hayan visto las profundidades lóbregas,
Y que, en el abismo donde nada descansa ni duerme,
Hace estremecer á Sirio bajo el peso de una hormiga ;
Quando en las sombras recónditas entreverados los gérmenes
Agítanse, destruyendo mundos y mundos creando,
Mezclados á ruidos, voces, gritos, cantos, lloros, preces,
Deshaciendo y reformando sin saberlo ; cuando el hondo
Azul de la inmensidad conmovido palidece
Muy más allá de las nubes con el parto formidable
De estrellas desconocidas ; cuando atónito se siente
En sí propio y se comprende, evidente, incontestable,
Hecho por alguien muy grande, algo vigoroso y fuerte ;
Quando huye el agua, la tierra tiembla y el viento murmura ;
Quando ruidos de armadura de la selva se desprenden ;
Quando el pájaro en su nido, en los bosques temblorosos,
Canta, sin saber él mismo qué expresión su canto tiene,
La inmensidad de suceso tan prodigioso rezaga
Los ojos, la sombra, el día, los choques, el tiempo, el éter,
Siendo igual siempre. Tan lejos se halla el punto de partida,
Que, aunque son agentes todos, nadie atestiguarlo puede,

OTRA VOZ

¡ Disputas ! ¡ rumores ! ¡ ruidos !
¡ Gritos ! ¡ golpes ! ¡ mordeduras !
¡ Soplos de viento perdidos
Entre las ramas oscuras !

OTRA VOZ

Escribe Dante dos versos ;
Sale en seguida, y los dos
Versos se hablan. El primero
Dice al segundo : — ¡ Gran Dios !
¡ Los cielos están abiertos !
Yo soy inmortal. — Y yo,
Dice el otro, soy un ente
Perecedero. — Yo soy
El astro. — El grano de arena
Yo. — ¡ No concebí tu error,
Hijo de un hijo del cielo !
— Me siento muerto. — ¡ Qué horror !
Yo me siento eterno. — Alguno
Entra, y fija su atención
En los versos : es el mismo
Dante, quien juzga mejor

El primero y lo conserva,
Tachando el otro renglón.
La negra barra de tinta
Es el fatal divisor.
Muere el uno ; el otro vive.
Ambos tenían razón.

V

CONCLUSION

CONCLUSION

*

¿Has visto meditar á los ascetas
Terribles ? Al fin, ellos
Lo han rechazado todo : tradiciones,
Fábulas y misterios,
Y no aceptan koranes ni talmudes
Ni biblias, comprendiendo
Que en el fondo flamígero y tonante
Del tormentoso cielo
Se abre á los ojos del lector humano
El libro verdadero,
Y que es allá, en el éter lleno de astros,
Donde fulgura eterno,
Deslumbrador de júbilo y espanto,
El inmutable texto.
Contemplando las cosas que no tienen

Lugar, linde ni tiempo ;
Absortos en la vista aterradora
De Dios ; hurraños, tétricos,
Allá están, cada cual solo, en la clase
De horror y en el espeso
Rincón de sombras que eligió, bregando
Siempre en el mismo esfuerzo
Hacia lo ignoto; el uno dentro de una
Tumba cuyo esqueleto
Respira aún ; acurrucado el otro,
Inmóvil y siniestro,
En el hueco excavado por el rayo
En el tronco de un cedro ;
Aquel en la oquedad de alguna roca,
Flaco, desnudo, trémulo ;
Todos mudos, severos, horrorosos,
Lívidos, consintiendo
Que se acerquen las bestias á su lado,
Y por igual molesto
Siéndoles ya, bajo sus nimbos pálidos,
El silencioso vuelo
Del ave como el áspero rugido
Del tigre carnicero.
Encogerse, tullirse, aniquilarse
Los ha visto el desierto,
Y para siempre así : nunca un suspiro;
Jamás un movimiento.
¿ Tienen hambre ? Quizá. ¿ Sienten cansancio ?
Talvez. ¿ Están sedientos ?
Al despuntar el alba, imperceptibles

Abren sus labios secos
A los húmedos besos del rocío,
Y los abren de nuevo
A veces, cuando asoman de la noche
Los esquivos aspectos.
Si fuera perceptible á la mirada
La luz del pensamiento,
Podría verse el alma, el infinito,
La nada, el universo,
Pavorosos enigmas más oscuros
Cuanto con más empeño
En sus senos profundos ahondamos,
Salir de esos cerebros
Enloquecidos, cual furiosas ráfagas
De tempestad, cayendo
De esas frentes más negras que la sombra
De los peñascos negros.
No viven, no, ni mueren todavía,
Pensativos espectros,
Y entre la muerte inútil y la vida
Imposible suspensos,
Sueñan. Pasa el verano, y el otoño
Se ausenta, y el invierno
Sobre ellos vacía su colmada criba.
Indiferentes, ciegos,
Nada sienten; no miran sino un solo
Punto del firmamento,
Y, embrutecidos por sus ideales,
Se abisman indefensos
En las profundidades tenebrosas

Del aniquilamiento.
Nadie sabe qué soplos, exhalados
De lo infinito, nuevo
Espíritu les da, mientras el hombre
Se desvancee en ellos.
En la noche, monstruosos huracanes
Les hablan en secreto,
Como habla el celebrante al catecúmeno ;
Y esos seres horrendos
Pierden al cabo la figura humana.
Sin detener su vuelo,
Algo les dice el águila al oído.
A veces un ligero
Signo dirigen al fugaz relámpago.
Hoscos, brumosos, tenebrosos
En su quietud atroz, sueñan, meditan,
Y acechan en silencio
Lo inaccesible, fija la mirada,
Bañada en los reflejos
De la estrella invisible.

★

¡ Qué ! ¡ invisible !
¡ Dije invisible ! ¡ Pero,
Invisible por qué ?

*

La luz existe,
Y Él existe. Son ciegos
Los que no pueden verle. Mas ninguno
Nacido; ningún sueño;
Ningún grito de ángel ó de hombre;
Ningún horror ni miedo
Ni amor ni sacrificio; ningún labio
Humilde, altivo, tierno,
Puede leer y pronunciar en voces
Distintas ese verbo.
¡Él es! ¡él es! !Desatinadamente
Él es! El aire, el fuego,
El sol, la tierra, el mar, la noche, el día,
Los enormes magnotos,
Todo es cifra; él la suma: cuerpo y alma
De todo el universo.
Plenitud para sí; para los hombres
Lo inconcebible inmenso.
¡Hacer un dogma y dentro lo infinito

Encerrar! ¡Cuán estrecho
Molde! ¡Inventar á Dios! ¡qué desvarío!
¡Él es! Baste al incrédulo
La existencia del mundo, este testigo
Infalible. Tu empeño
Es dar á luz absurdas religiones:
¡Tú, el hombre! Yo prefiero
Abrir los ojos: ver: eso me basta.
Cuanto á tí, sé modesto.
Oree en Él, y no exijas otra cosa.
Confórmate, admitiendo
La esperanza, y sus alas vigorosas,
La fe. Bebe sediento
Esta opinión; conténtate, oh hermano,
Con decir: — Es: le siento.
Es, porque existe la mujer que arrulla
Al niño con su tierno
Misterioso cantar; es, porque el alma
Arde en el vivo anhelo
De saber, y el espíritu curioso
Va, aunque temblando, lejos;
Es, porque avanzo con la frente erguida;
Es, porque me rebelo
Contra todo señor en quien yo miro
La indignidad de serlo;
Es, porque tiembla César ante Patmos;
Es, porque le presiento
En estas voces: Ideal, Justicia;
Deber, Razón, Derecho.
Él es, porque mi culpa necesita

Su paternal remedio ;
Porque me sirve el alma, cuando gruñen
Mis apetitos feos ;
Porque yo amo la luz, y un claro día
Sobre mi noche espero. —
Crece subiendo á Dñ, crece y se espacia
Gigante el pensamiento.
Resígnate con esta sed rabiosa,
Y no dirijas necio
À Dios tu facultad de inventar filtros
De iniquidad y miedo,
Tus catecismos locos, tus koranes,
Tus doctos florilegios,
Tus textos de gramática y retórica
Y tus pobres trebejos
De forjar tus quimeras. Vive, y cumple
Tu jornada ; sé bueno ;
Ama, y bien puedes ya dormir tranquilo
De tu existencia el sueño.
Ve sobre tí la inmensidad radiante,
Y mira en tí este cielo
Profundo que los hombres llaman alma.
En el zenit del negro
Abismo una gran llama resplandece.
Allí fulgura un centro
De luz inaccesible, y ese foco
Brilla puro y sereno
Fuera de tí y en tí ; siempre ha brillado
Y brillará : lo vemos
Allá abajo, en el fondo, en las alturas

Del precipicio eterno.
Temprana siempre, sin cesar propicia,
Sin eclipses, sin velos,
Nunca esa blanca claridad hermosa
Palidece; naciendo
Desde el profundo tenebroso, esparce
Sus rayos en lo excelso,
Y, dejando á la noche sus rencores,
Produce sin esfuerzo
El bien incomparable é inaudito
De alumbrar. El blasfemo
No consigue extinguirla. Ella fué numen
De Hermes y de Orfeo;
Ella es el formidable y el tranquilo
Prodigio, el estupendo
Revelador. El pájaro en su nido
La tiene; en sus renuevos
El arbusto; la flor en su corola,
Y el hombre en su cerebro.
Poseída por todo, no podría
Nada asirla, y cediendo
Y rehusándose así, se ofrece inmóvil
Al eterno deseo.
Es la simple evidencia que perdona;
Lo inmensamente bueno;
La inundación de rayos que derrama
Los astros en el cielo
Y en el campo las rosas. Ella existe
Aquí y allá y más lejos
Y en lo más alto y en lo más profundo

Y ayer y este momento
Y mañana y sin tregua y en la vaga
Ilusión y en el hecho.
Está sobre el confuso torbellino
De voces y reflejos;
Está sobre los vastos horizontes,
Sobre los firmamentos,
Sobre los seres, sobre la insaciable
Sombra y sobre el inmenso
Diluvio de la vida. Ella es el vivo
Deslumbrador incendio
En el que absorba cree la mirada.
Nace lo verdadero
De esa celeste lumbre, y de ella nacen
Los más nobles afectos.
Misteriosa, se prende en un radiante
Vendaval de luceros,
Y á su calor, las plagas, los desastres
Y los horrores negros
Se disuelven. Si existen almas grandes,
Corazones bien puestos,
Cabezas firmes, manos generosas,
Es que viene todo eso
Del torrente de gérmenes y soplos
Que, sin cesar cayendo
Sobre nosotros, brota de ese foco
De vivísimo fuego.
¡El es! ¡él es! Abre los ojos, alma,
Y mira, pensamiento.
Es la Conciencia su solsticio; su eje

La Justicia; el Derecho
Su órbita indeclinable; su equinoxio
La Igualdad, y su bello
Albor la Libertad. Su rayo dora
En nosotros todo esto
Que el soñador espíritu imagina.
¡El es! siempre despierto,
Sin eclipse, sin noche, sin reposo,
Sin origen, sin término.

¡Quieres crear el sol, triste gusano,
Y apenas puedes verlo!

INDICE

INDICE

	Páginas
PRÓLOGO	I

I

DISPUTAS	3
I. EL DOMINGO	5
II. PRIMERA REFLEXIÓN	9
III. EL TEÓLOGO	11
IV. AL TEÓLOGO	19
V. INVENCION	33
VI. LAS MANOS LEVANTADAS AL CIELO	39
VII. OBRA MAESTRA	41
VIII. CONSECUENCIAS	43
IX. PROPOSICIONES	47

II

	Páginas
FILOSOFÍA	59

III

NADA	99
----------------	----

IV

VOCES	110
-----------------	-----

V

CONCLUSIÓN	148
----------------------	-----
